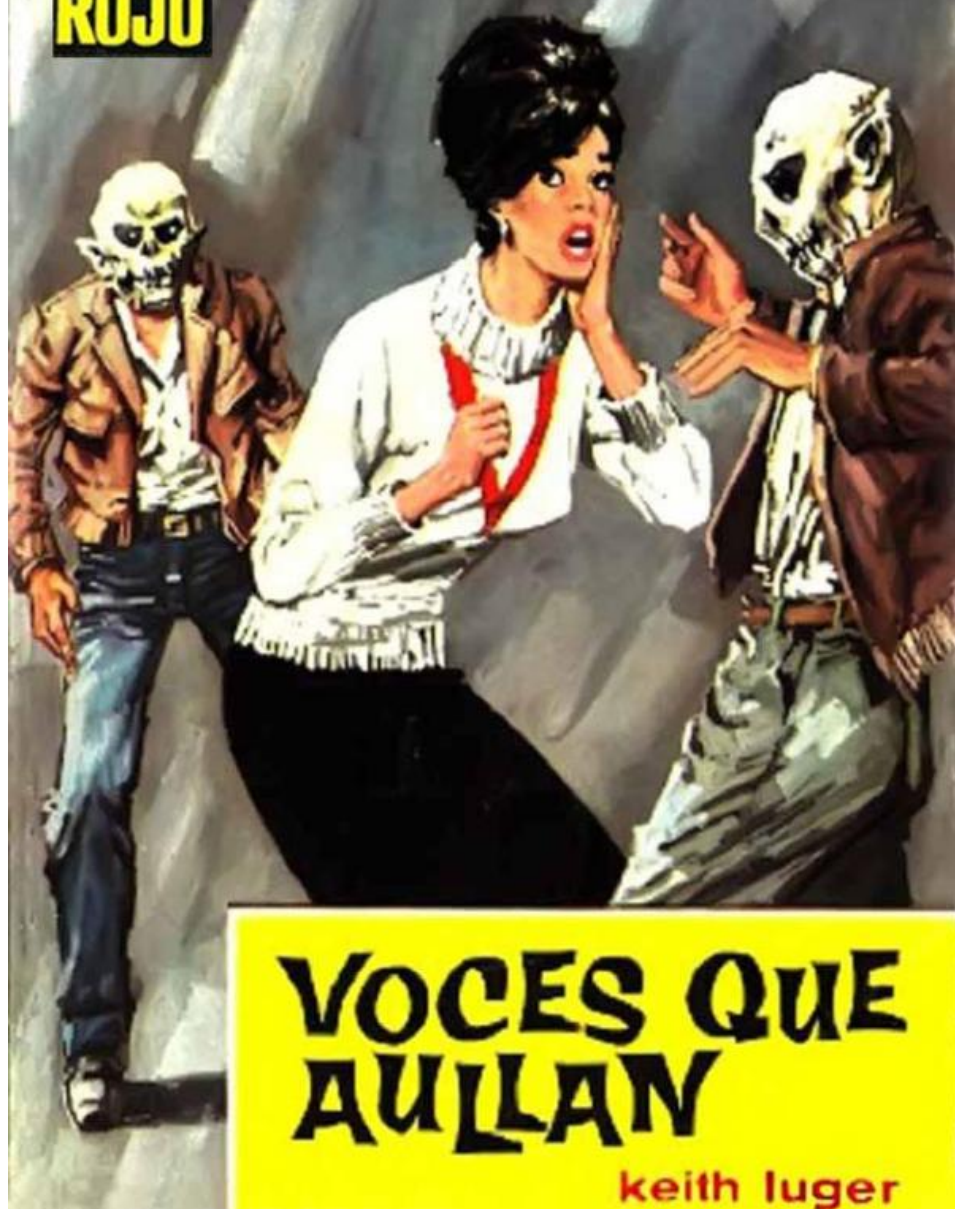


PUNTO

ROJO



VOCES QUE AULLAN

keith luger

VOCES QUE AULLAN

KEITH LUGER

**VOCES QUE
AULLAN**

**1.^a EDICIÓN
OCTUBRE - 1962**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ**

DEPOSITO LEGAL B - 1962

PRINTED IN SPAIN -IMPRESO EN ESPAÑA

© KEITH LUGER - 1962

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

Wilma Hougron dio la propina al botones que le había subido las maletas.

Cuando el muchacho hubo salido de la habitación, Wilma corrió a la terraza y la abrió de par en par.

Ante sus ojos se ofreció el maravilloso cuadro del mar azul. Justamente hacía ahora cinco años no estaba allí. Europa quedaba muy lejos de Los Angeles y su sueldo como profesora ayudante en una universidad de California no daba para mucho. Siempre había otras cosas más urgentes que atender, pero ahora había conseguido una beca y estaba de nuevo en Niza.

Le esperaban veinte maravillosos días.

Había elegido aquella ciudad por dos razones. En primer lugar, era el trozo de Mediterráneo que más le gustaba y, en segundo término, allí vivía Lucy Satterfield, su antigua profesora, especialista en arte etrusco, y Lucy Satterfield le iba a ser de mucha utilidad para realizar el estudio que obligatoriamente llevaba consigo la beca concedida.

Entró en el dormitorio. Debía ponerse inmediatamente en contacto con ella. La señora Satterfield la quería mucho. Ella, Wilma, había sido su alumna predilecta.

Buscó en la agenda el número telefónico de la señora Satterfield y marcólo en el dial. Oyó varias veces el zumbido de la señal a la otra parte y finalmente descolgaron. Una voz grave anunció:

—Casa de los señores Satterfield.

—Quisiera hablar con la señora Satterfield.

—¿Quién llama?

—Soy Wilma Hougron.

—¿Wilma Hougron...?

La joven frunció el ceño. Había impertinencia en aquella voz. Le había parecido al principio un criado, pero ahora no estaba dispuesta a asegurarlo.

—Soy una antigua discípula de la señora Satterfield —aclaró a pesar de todo.

—Perdone, señorita Hougron, pero la señora Satterfield no la puede atender.

—Oiga, ya le he dicho...

—Señorita Hougron, la señora Satterfield no se encuentra en Niza.

—¿No? ¿Dónde está?

—Ella y su esposo salieron de viaje.

—¿Cuándo regresarán?

—Pasarán el verano fuera. Lo siento, señorita Hougron. —El hombre colgó. Wilma quedó un rato con el auricular en la mano, pensativa.

Bueno, ahora tendría que arreglárselas sola para realizar aquel trabajo. Naturalmente, se encontraría con muchas dificultades que la experiencia de Lucy Satterfield habría salvado. Ahora estaba sola para resolverlas. No, no podría permanecer durante los veinte días en Niza. Ahora tendría que valerse, por sí misma y, por tanto, no tendría más remedio que llegarse a Marzano, una ciudad cerca de la frontera entre Italia y Francia en donde se encontraba una de las colecciones de arte etrusco más importantes del mundo. Con Lucy Satterfield se hubiese podido ahorrar aquel viaje, pero ahora no tenía opción.

Tomó un baño y, mientras se secaba con la toalla, decidió lo que iba a hacer. Se quedaría aquel día en Niza y luego se pondría en camino hacia Marzano. Le bastaría una semana para llevar a cabo su trabajo. Finalmente, regresaría a Niza para pasar la última parte de sus vacaciones.

Conocía un lugar solitario de la costa donde podría tomar baños de sol sin que nadie la molestase.

Recorrió a pie las tres millas hasta la ensenada rocosa y luego fue saltando de roca en roca aproximándose al acantilado.

Todo era igual. Nada había cambiado. Hasta se diría que las gaviotas eran las mismas. Bandadas de ellas sobrevolaban el mar y las había por millares en los pequeños islotes cercanos a la orilla.

Allí estaba también aquella piedra plana. Se despojó de la blusa y de la falda, quedando en bañador, y tendióse perezosamente en la roca.

Había hecho el viaje desde Los Angeles sin casi pegar ojo debido a la emoción, y ahora empezó a adormilarse.

Al cabo de un rato sus sentidos se alertaron bajo la impresión de que no se encontraba sola. Se alzó bruscamente, volviendo la cabeza, y lanzó sobresaltada un grito.

Frente a ella había un hombre. Se cubría con gafas oscuras y vestía camisa blanca y pantalón azul.

—¿La he asustado?

—Sí.

—Perdone, al parecer tenemos los mismos gustos —señaló la piedra donde ella estaba sentada—. También vengo yo aquí casi todos los días... Permítame que me presente Jacques Besnard.

Era muy alto y su rostro poseía rasgos firmes, muy bronceado.

Saltó a la roca y pasó junto a ella. Se detuvo mirando al mar y, después de poner los brazos en jarras, respiró profundamente.

—Esto es maravilloso —al ver que ella no decía nada la miró—. Espero que le guste.

Esta plataforma la descubrí yo.

—Siento contradecirle, pero conocí este lugar antes que usted. Sonrió enseñando unos dientes parejos, muy blancos.

—Llevo aquí seis meses y nunca la vi hasta hora.

—Llegué a Niza esta mañana. Pero vine por primera vez a este lugar hace cinco años. Jacques Besnard alzó la barbilla y a Wilma le pareció un gesto insolente.

—¿Cinco años? —repitió.

—Exactamente, señor Besnard. Supongo que ahora me irá a decir que descubrió este rincón hace más tiempo.

—No, no se lo puedo decir; de lo contrario mentiría.

—Magnífico, señor Besnard —repuso ella, y dio por terminado el diálogo tendiéndose en la piedra.

De pronto él dijo:

—No, no me pida que la acompañe. Me esperan dentro de media hora y no me gusta faltar a mis citas. De veras, lo siento. A sus pies, señorita. —Hizo una reverencia y saltó por entre las rocas hasta que se perdió un poco más arriba.

Al encontrarse a sola, Wilma forzó una sonrisa. Realmente, aquel Jacques Besnard era una persona agradable. Se preguntó por qué había sido tan arisca con él. Bueno, era fácil la respuesta. En un principio le había parecido un conquistador profesional. Después de todo, ella no era la propietaria de aquel lugar. Cualquier otra persona tenía derecho a llegarse allí.

Cuando regresó al hotel, pidió a la dirección que le enviaran un horario de trenes para ir a Marzano. Después de estudiarlo, decidió que lo que más le convenía era ponerse en viaje al día siguiente, pasado el mediodía. Encargó habitación en el «Hotel Lombardía», de aquella ciudad, y el billete.

Bajó al comedor para la cena.

Un mozo la acompañó hasta una mesa solitaria, cerca de la orquesta.

El empleado había acabado de retirarse después de encargado el menú cuando Wilma oyó una voz que conocía.

—Hola. —Era Jacques Besnard.

—Buenas noches.

—¿Algún otro hombre le disputó la posesión de la fortaleza, señorita?

—No.

—¿Espera a alguien?

Wilma hizo un gesto negativo con la cabeza y entonces él ocupó la silla frente a ella. La joven sonrió.

—Soy Wilma Hougron, de Los Angeles.

—De modo que no es francesa...

—Mi padre lo fue pero, a su muerte, mi madre, que era californiana, me llevó a los Estados Unidos. Es mi segundo viaje a Francia. Usted ya está al corriente del primero. Fue cuando descubrí mi... fortaleza.

—Ya entiendo —esbozó una sonrisa—. Tengo que pedirle disculpas por mis ironías.

—Y yo por mi insociabilidad.

Jacques tendió la mano y Wilma le ofreció la suya. Cambiaron un apretón sonriendo.

—Encantado de conocerla, Wilma. —Tras una pausa preguntó—. ¿Por mucho tiempo en Niza?

—Sólo unos días, me marcho mañana.

—¡Oh!

—Pero regresaré pasada una semana. Soy profesora universitaria y he de ir a una ciudad fronteriza para preparar un trabajo. ¿A qué se dedica usted, Jacques?

—Se lo diré si me promete antes que no se va a reír de mí.

—Muy bien. Está prometido.

—Soy representante en vinos. Eh, recuerde su promesa, no puede reírse. Además ha de saber que mis caldos son los mejores del país. Usted sabrá que Francia es famosa por sus vinos... Las bodegas de mi abuelo, Claude Besnard, son las más célebres entre todas. Napoleón se detuvo en una de nuestras cavas y, ¿sabe lo que dijo cuándo bebió nuestro Dorado 1764...? —Puso la mano sobre el pecho imitando al Gran Corso—. «Por favor, caballeros, cuando pierda una batalla, denme a beber este vino».

Wilma rió divertida.

El camarero llegó ante la mesa, y Jacques hizo su pedido.

—¿Qué le parece si bailamos mientras tanto? Poco después se deslizaban por la pista.

—Tampoco estaré mucho tiempo aquí —habló Jacques—. Todo lo bueno se acaba pronto. Y lo peor de todo es que, cada vez que me acerco por Niza, el abuelo se pone hecho una furia. Según él, para mí Francia se compone de dos únicos lugares con posibilidades para vender vinos: Niza y París... Y yo me pregunto, ¿existe de verdad otro...?

En aquel momento Wilma oyó vocear a un botones.

—Llaman a la señora Satterfield... Llaman a la señora Satterfield...

Vio cómo el empleado serpeaba por entre las mesas y se alejaba hacia la terraza.

—¿La conoce? —Oyó que le preguntaba Jacques.

—¿Eh?

—He visto que le llamaba la atención lo que decía ese botones.

—Lucy Satterfield fue mi maestra, una estupenda mujer. La persona que pregunta por ella no debe estar informada de que la señora Satterfield se encuentra ausente. —Wilma dio un suspiro—. Lástima que haya tenido que salir de viaje. Me habría ahorrado mucho tiempo en mi trabajo.

—Si la señora Satterfield que busca ese botones es la misma a la

que usted se refiere, creo que está de suerte, Wilma. Ya ha regresado.

Ella siguió la dirección de los ojos masculinos. La terraza estaba débilmente iluminada, pero al fondo el botones se había detenido ante una mujer que estaba de espaldas.

Wilma vio lo suficiente de ella para no identificar en su figura la de Lucy Satterfield.

—Oh, no, es otra... Se trata de una simple coincidencia de nombre.

—Sí, es curioso. Toda nuestra vida está llena de ellas. Por ejemplo, ¿quién me iba a decir a mí que iba a conocer a la americana más bonita de la Ensenada de las Gaviotas?

—¿La llama así?

—¿Cómo la bautizó usted?

—Me deja usted perpleja, Jacques. Confieso que posee más imaginación que yo. Nunca se me ocurrió bautizarla.

—Magnífico. Entonces mañana llevaremos a cabo el acto oficial y solemne de darle el nombre. —Jacques guiñó un ojo—. Llevaré una botella de uno de nuestros champañas.

—Me temo que tendremos que aplazar el bautizo.

—¿Cómo?

—Salgo mañana para Marzano.

—¿A qué hora?

—A las dos.

—Ah, entonces tenemos tiempo.

—Pero he de quedarme en el hotel preparando mi sistema de trabajo. Apenas llegue a Marzano he de iniciarlo.

—Deje que sea yo quien organice su vida mientras permanezca aquí. Habrá tiempo para todo. Me bastará con sesenta minutos para pronunciar mi discurso a las gaviotas.

¿Conformes?

La joven cedió haciendo un gesto afirmativo.

—El mozo ya tiene dispuesta nuestra cena.

Mientras se dirigían hacia la mesa, Wilma miró hacia la terraza, pero ya no vio a aquella señora Satterfield. Dióse cuenta ahora de que se encontraba desosegada. ¿Por qué? ¿Por aquel incidente de que se encontrase en el hotel otra señora Satterfield? Le vino a la memoria aquella voz grave, impertinente, la del hombre que había

atendido su llamada cuando telefoneó a la casa de Lucy.

Vio al botones de antes que se dirigía hacia la terraza llevando un ramo de flores.

—Perdone, Jacques, pero he de ir al tocador.

—Oh, sí. La espero.

La joven echó a andar hacia el tocador que estaba al fondo. Antes de llegar a él había otra puerta que comunicaba con la terraza. Sin volver la cabeza para comprobar si Jacques la había seguido con la mirada, dobló rápidamente.

El botones estaba recogiendo la propina de un caballero que acompañaba a la señora que había recibido las flores.

Wilma salió a su encuentro.

—Por favor.

—Dígame, señorita —se inclinó el botones respetuoso.

Wilma no supo qué decir porque su petición era completamente ridícula. Pero la curiosidad pudo más.

—Antes preguntaste por la señora Satterfield. Yo soy amiga suya y quisiera verla.

¿Dónde está?

—Lo siento, señorita, pero se marchó ya.

—¡Qué lástima! —Wilma abrió su bolso y extrajo un billete de a dólar. Lo estaba entregando al muchacho cuando se le ocurrió hacer la siguiente pregunta—: ¿Era Lucy Satterfield?

—Exactamente, señorita. Lucy Satterfield. La joven sintió un escalofrío.

—¿Estás seguro?

—Sí, señorita. Lo recuerdo perfectamente. Lucy Satterfield.

—¿Con quién estaba ella?

—Sola.

Wilma miró hacia la mesa que estaba en un rincón de la terraza. Sobre la mesa había un papel.

—¿Algo más, señorita?

—No, gracias.

El botones se retiró.

Wilma permaneció un rato inmóvil y finalmente echó a andar hacia la mesa que había ocupado aquella mujer que también se llamaba Lucy Satterfield.

El papel era la hoja de un bloc. Estaba doblada, pero entre sus

dos partes pudo ver algunas palabras escritas. Sí, debía ser el mensaje que había traído el botones.

No, aquello no lo había hecho en su vida, pero ¿no estaba en su derecho? Ella quería ver a Lucy Satterfield y le habían dicho que su maestra se encontraba de viaje con su esposo. Pero allí había una Lucy Satterfield.

Decidida, alargó la mano y tomó el papel.

De pronto, otra mano surgió por su costado y la aferró por la muñeca cuando sus dedos ya habían tomado posesión del mensaje.

CAPÍTULO II

—¿Se encuentra en alguna dificultad, Wilma?

Wilma exhaló el aire retenido en sus pulmones observando el rostro bronceado de Jacques Besnard.

—La señora por la que preguntaba el botones era mi amiga, Lucy Satterfield.

—Entonces no tendrá que marcharse de Niza.

—Pero yo la vi de espaldas, Jacques, y no era Lucy. Por ello me sentí intrigada.

—Ha confesado que hace unos cuantos años que no ve a su maestra.

—Cinco.

—¿No puede haber cambiado ella en ese tiempo?

—Me pareció que la mujer que había aquí era muy esbelta. La señora Satterfield es más baja. Además, mi maestra era bastante delgada.

—Comprendo, pero usted sabe los milagros que hoy hace la dietética. ¿Le envió alguna fotografía la señora Satterfield?

La joven mordióse el labio inferior. No, Lucy Satterfield no le había enviado ninguna fotografía durante aquellos cinco años.

—Cierre los ojos, Jacques.

—¿Por qué?

—Voy a hacer una cosa que usted no debe ver.

—Ya entiendo, ese mensaje. Quiere saber su contenida.

—Sí.

—No se preocupe. Seré su cómplice. Deje que yo también lo lea. Así compartiremos el secreto —le guiñó un ojo sin perder su jovialidad.

La joven desdobló el papel. El contenido del mensaje decía: «Te

espero en tu casa, Lucy». No había firma.

—¿Satisfecha? Ya ha recuperado a su amiga Lucy.

—Me dijeron que estaría todo el verano fuera y a pesar de la dietética estoy dispuesta a jurar que la persona que estaba aquí hace unos instantes no era mi maestra. Pero existe un modo de comprobarlo definitivamente.

—¡Oh, no, Wilma! Nuestra cena... Íbamos a pasar una noche estupenda. Baile, champaña... Había pensado llevarla a recorrer algunos clubs nocturnos.

—¿Quién dice que renuncio a todo esto? —sonrió ella—. Primero cenaremos, luego me conformaré con saludar a Lucy. Acordaré una cita con ella para mañana y enseguida podremos reanudar nuestra fiesta.

—En ese caso, aprobado. Tengo mi coche fuera.

Pero Wilma cenó con muy poco apetito o quizá tenía mucha prisa por ir a casa de Lucy Satterfield.

—¿Le parece bien que el champaña lo dejemos para después? —sugirió a los postres.

—Desde luego.

Jacques firmó la nota y después de salir del hotel se dirigieron a la playa de estacionamiento.

El coche de Jacques era un «Floride» descapotable.

—¿Dónde vive la señora Satterfield? —preguntó Jacques.

—En lo alto del Cap Dupless. Eran seis millas.

Jacques apretó a fondo el acelerador. Pronto tuvo que aminorar la marcha porque la empinada cuesta era peligrosa.

—No sé nada de usted, Wilma.

—Hay poco que contar.

—¿Padres?

—Fallecieron siendo yo pequeña. Me educó una hermana de mi madre. Pero cuando yo tenía dieciocho años también ella murió. Me las tuve que arreglar sola.

—Una chica muy animosa.

De pronto el coche empezó a detenerse.

—Eh, ¿qué pasa aquí? —dijo Jacques.

El motor renqueó, pero el coche siguió su marcha lenta.

Jacques sacó el vehículo de la carretera, situándolo donde crecían con profusión los pinos marítimos.

—¿Cuánto hemos recorrido? —preguntó Wilma.

—Cinco millas.

—Bueno, entonces sólo queda una hasta la casa. Continuaré a pie.

—Lo arreglaré enseguida.

Jacques anduvo traqueteando en el motor, pero al fin se irguió diciendo:

—La verdad es que no sé lo que ocurre... La joven saltó del coche.

—Mientras usted localiza la avería iré a la casa.

—¿No quiere que la acompañe?

—No hace falta. Hasta luego.

—Bueno, cuando salga me encontrará allí.

Wilma le hizo un saludo con la mano y echó a andar. Sobre el mar rielaba una hermosa luna casi llena.

El portón estaba abierto y al fondo vio la casa con el porche iluminado. También había luz en dos ventanas de la planta baja.

Empezó a cruzar el paseo bordeado de árboles.

De pronto se detuvo oyendo el ladrido de un perro. Se asustó pensando que fuese a salir a su encuentro, pero a lo lejos oyó la voz de un hombre.

—Quieto, «Dick».

El perro siguió ladrando y luego aulló como si hubiese recibido un golpe, y otra vez reinó el silencio.

Wilma continuó su camino y poco después ascendía al porche. Apretó el botón de llamada y esperó.

Era presa de una rara sensación. Ahora hubiera deseado la compañía de Jacques. Le abrió la puerta un criado de cabello canoso, nariz aguileña y sienes alargadas.

—Buenas noches. Soy Wilma Hougron. Deseo ver a la señora Satterfield.

—Lo siento, señorita Hougron, pero la señora Satterfield no se encuentra en casa.

—Está bien. La esperaré.

—Me temo que no pueda hacerlo. La señora Satterfield se encuentra de viaje.

—Me dijeron en la ciudad que había regresado —no supo por qué lo alegó porque no tenía seguridad de que la mujer que había

visto en la terraza del hotel fuese Lucy Satterfield.

—Me temo que es un rumor infundado. La señora Satterfield no ha regresado a Niza. De pronto llegó una voz del fondo.

—¿Qué ocurre, Jean?

—Perdone, señor Satterfield. Es la señorita Wilma Hougron. Quería ver a la señora. Wilma oyó unos pasos y vio aparecer por el hueco a un hombre de mediana estatura, rostro macilento donde había unos ojos de mirada triste y unos labios que pretendían sonreír amablemente. Vestía con elegancia, pero sin afectación.

—¿Puedo hacer algo por usted...? Soy Charles Satterfield, el marido de Lucy.

—Encantada dé conocerle, señor Satterfield —repuso Wilma entrando en la casa y aceptando la mano que él le tendía.

El criado cerró la puerta y se encaminó hacia el ala izquierda de la casa.

—Al parecer me informaron equivocadamente esta mañana, señor Satterfield. Hice una llamada y me dijeron que Lucy y usted se encontraban fuera.

—Le presento mis excusas, señorita Hougron, pero le dieron la respuesta correcta. Yo he regresado hace dos horas.

—Con su esposa, naturalmente.

—Oh, no, señorita Hougron. Mi esposa se quedó en Grecia. Wilma estaba cada vez más confusa.

—¿Beberá algo conmigo, señorita Hougron? —Le estaba indicando con una mano una puerta que había a la izquierda.

Wilma aceptó la invitación. Entraron en una biblioteca, y Charles Satterfield preparó dos *whiskies*.

—¿Hielo?

—Sí, por favor.

Charles le alargó el vaso.

—¿Dijo Wilma Hougron?

—Sí.

—Claro. —Charles hizo chocar dos dedos—. Usted fue su alumna predilecta, la americana de Los Angeles.

—Sí, señor Satterfield.

—Mi mujer la quiere mucho.

—Yo también la quiero a ella y lamento no se encuentre en Niza.

—Es una pena, pero quizá si usted está aquí para setiembre...

—Sólo permaneceré veinte días en Europa. He venido becada por la universidad de la que soy profesora.

—Lucy lo va a sentir mucho cuando sepa que ha estado usted en Europa y no ha podido verla... Fuimos invitados a pasar el verano por unos amigos en Atenas... Dejé a Lucy haciendo un crucero por las islas del mar Egeo. Yo tuve que llegarme a Niza para resolver un asunto importante, pero regreso con Lucy pasado mañana. ¿Quiere que le transmita algo en su nombre?

—Sólo que he sentido mucho no haberla saludado en Niza y que me dirijo a Marzano para realizar unos estudios sobre arte etrusco.

—Arte etrusco —repitió Charles—. El «*hobby*» de Lucy. Lo va a sentir doblemente. Ella le habría ayudado encantada.

—Sí, señor Satterfield, estoy segura. Pero trataré de resolver mis problemas. La joven bebió un trago de *whisky* y dejó la copa en la bandeja.

—¿Se va ya, señorita Hougron?

—Hoy es mi primer día de estancia en Niza y me encuentro un poco cansada.

Discúlpeme, señor Satterfield.

Charles acompañó a Wilma hasta la puerta. Cuando iba a abrir ella se volvió.

—Señor Satterfield, ¿tiene algún pariente en Niza?

—Oh, no, sólo estoy yo.

—¿Quizá hay otra rama de la familia?

—Soy el único superviviente de un árbol genealógico que se remonta a los tiempos de Juan Sin Tierra.

—Entonces, no lo comprendo.

—¿Qué es lo que no comprende, señorita Hougron?

—Ocurrió un incidente en el hotel que fue lo que me impulsó a venir aquí.

—¿Quiere tener la amabilidad de explicarme ese incidente?

—Un botones pasó por el corredor para entregar un mensaje a la señora Satterfield. Charles hizo un gesto de sorpresa.

—¿Señora Satterfield?

—Sí.

—Quizá usted oyó mal, señorita Hougron.

Wilma lo miró fijamente a los ojos, unos ojos acuosos de pupilas

que brillaban pálidamente.

—Es posible que yo oyese mal, señor Satterfield. ¿Cómo iba a oír hablar de una señora Satterfield si su esposa se encuentra en el mar Egeo y no existe ninguna otra rama de su familia...? Buenas noches.

La joven salió de la casa. Cuando se alejaba por el paseo sabía que Charles no había cerrado la puerta, que estaba en el porche mirándola, pero ella no volvió la cabeza.

Esperó encontrar el coche de Jacques más allá del portón de hierro, pero el lugar estaba solitario. Entonces emprendió el camino de regreso por la carretera.

Dejó a su espalda tres o cuatro curvas. No, no lo comprendía. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Quién era la mujer que había recibido un mensaje como si fuese Lucy Satterfield?

Se detuvo un instante al lado del camino y abrió el bolso. Sí, allí tenía el mensaje. Lo leyó otra vez. «Te espero en tu casa, Lucy». ¿Quién había escrito aquello? ¿Se refería a Lucy Satterfield?

De pronto oyó el motor de un coche. Debía ser Jacques que había logrado arreglar la avería del «Floride».

Pero de pronto se dio cuenta de que el coche no estaba ascendiendo la carretera.

Venía por sus espaldas.

Y el ronquido del motor era cada vez más fuerte.

Se apartó a un lado del camino y volvió la cabeza. Justo en ese momento apareció el coche por la curva, a unas treinta yardas en el camino a la residencia de los Satterfield. Pero no pudo ver más porque los potentes faros la cegaron.

El vehículo corría casi pegado a la pared, en la parte donde ella se encontraba. Llegaba rugiendo como un animal enfurecido.

Wilma supo que la atropellaría, que aquel coche la iba a arrollar irremisiblemente.

CAPÍTULO III

Lanzó un grito y se dejó caer al suelo. El coche pasó zumbando por su lado y uno de los guardabarros la golpeó en el hombro arrojándola contra la pared rocosa.

Dio otro chillido y quedó aturdida bajo los efectos del golpe. El zumbido del coche fue desapareciendo a lo lejos.

Se vio envuelta en el silencio e incorporóse. Su hombro estaba dolorido y sus manos llenas de rasguños.

Se puso en pie y apoyóse en la pared rocosa que tenía a su espalda. Sintió el latir del corazón.

Habían atentado contra su vida. La habían querido asesinar, pero ¿por qué? Sólo había una respuesta. Ello estaba en relación con Lucy Satterfield.

De repente oyó el motor del coche, pero ahora venía por abajo y rugía potente, igual que antes.

Otra vez estaba allí el asesino.

Si se quedaba quieta contra la pared, no tendría salvación.

Echó a correr cruzando la carretera, pero ya era demasiado tarde.

El coche avanzaba a una velocidad escalofriante, devorando el terreno.

Logró cruzar la carretera antes de que el vehículo se le viniese encima, y de pronto su pie se hundió en el vacío. Pero alargó la mano y logró atrapar el tronco de un árbol. Eso le impidió rodar hacia abajo.

Oyó el chirrido de unos neumáticos y luego una voz.

—¿Es que se ha vuelto loca, Wilma?

Se volvió respirando entrecortadamente. De pie ante el volante estaba Jacques Besnard, pero no le pudo responder porque aún no

había recuperado el habla.

—Muchacha, ¿cómo se le ocurrió cruzar la carretera?

Tampoco contestó, y entonces Jacques saltó del coche por encima de la portezuela y se aproximó.

—Wilma, ¿qué le pasa?

—Han intentado matarme.

—¿Qué dice? No pensará que yo...

—Fue otro coche... Usted debió cruzarse con él.

—Me crucé con un coche cerrado hace unos instantes, pero no iba a mucha velocidad.

—Debió haberla aminorado. ¿No se fijó en quién lo conducía?

—En ese momento estaba cerrando el capot. Me volví cuando pasaba y vi que era un «Simca». Ni siquiera pude darme cuenta del número de viajeros... Pero no debe pensar en esa idea de que han intentado matarla. Debió ser un borracho que no se dio cuenta de lo que hacía.

—Me gustaría creerlo, pero yo venía de la casa de los Satterfield.

—¿Habló con su amiga Lucy?

—No. Ella no está en Niza.

El joven se rascó junto a la oreja.

—Todo eso es muy complicado.

—Lo mismo pienso yo.

—A ver si nos ponemos de acuerdo. Usted fue a casa de los Satterfield. ¿Quién la recibió?

—Charles Satterfield, el esposo de Lucy, pero me dijo que estaban haciendo un crucero de placer por el mar Egeo. El señor Satterfield se llegó a Niza hoy para resolver unos asuntos.

—Entonces usted tenía razón. La mujer de la terraza no era su maestra, sino otra con su mismo nombre.

—El señor Satterfield me ha dicho que no existe ninguna otra rama de la familia, y por tanto, tampoco puede haber otra Lucy Satterfield.

—¿Dónde recibió el golpe?

—Ya entiendo. Cree que estoy loca.

—No he dicho eso.

—Pero lo piensa.

—Cálmese, Wilma, está muy nerviosa...

—No estoy nerviosa.

—Está bien, no lo está. ¿Quiere que regresemos?

—Lléveme al hotel.

—Eh, ¿no recuerda lo de los clubs nocturnos?

—Por favor, quiero estar a solas en mi cuarto.

—¿Para qué? ¿Para darle vueltas a la misma idea?

—No es asunto suyo, señor Besnard.

—Está bien, volveremos.

No rompieron el silencio hasta llegar al hotel. Besnard aparcó el coche y la tomó del brazo cuando descendieron.

—Espere un momento.

Ella le miró interrogativamente.

—Escuche, Wilma, he tratado de encontrar una explicación y creo que ya la tengo.

—¿Cuál es esa explicación?

—Lamento que mi hipótesis deje muy mal a su amiga, pero no se me ocurre otra cosa.

—Ya, le entiendo. Lucy Satterfield se encuentra en Niza, pero su esposo lo ignora. Se trata de una aventura amorosa.

—Exactamente. Fue el amigo de Lucy quien le envió a ella el mensaje. Eso lo aclara todo.

—Olvida que el señor Satterfield dejó a su esposa con sus anfitriones haciendo ese cruce.

—Hoy día, con los aviones a reacción, es fácil encontrarse por la mañana en un sitio y dormir por la noche en la otra parte del mundo. Grecia no está tan lejos de Niza.

—Existe un pequeño inconveniente para admitir su hipótesis, Jacques.

—¿Cuál?

—Desde un principio aquella mujer no me pareció Lucy Satterfield.

—Magnífico.

—Se me ocurre una variante de mi hipótesis. ¿Y si esa mujer, una desconocida, hubiese adoptado el nombre de Lucy Satterfield para camuflar su aventura amorosa? Leyó en alguna parte el nombre de Lucy Satterfield y le llamó la atención. Ya sabe cómo obramos a veces, por instinto. En tal caso usted tiene razón, no era Lucy Satterfield. Sólo eligió el nombre para salvaguardar su reputación.

—¿Sabe lo que le digo, señor Besnard? Sus explicaciones me resultan tan complicadas como las mías.

—Bueno, quédese conmigo y quizá demos con otra idea.

—Lo siento, Jacques, pero me encuentro muy cansada.

—¿La veré mañana?

—No lo sé ahora. Perdone.

La joven forzó una sonrisa y se apartó de él yendo al ascensor.

Cuando se encontró a solas en su habitación se puso a pasear de un lado a otro. A pesar suyo, pensó en la última hipótesis de Jacques, en que se tratase de una mujer que hubiese elegido el nombre de Satterfield porque había sido el primero que se le ocurrió.

¿Por qué no? La vida le había enseñado que, a veces, las cosas más complicadas se deben a motivos muy simples.

Tomó un baño, apreciando que en el hombro tenía un hematoma. En cuanto a los rasguños de su mano, no tenían importancia alguna.

Fumó un cigarrillo tendida en la cama. De pronto el teléfono se puso a sonar.

—Diga —habló por el micro.

—Soy Charles Satterfield, señorita Hougron. Wilma sintió otra vez aquel escalofrío.

—Después de marcharse recibí una llamada de mi mujer. Habían desembarcado en un puerto con nuestros amigos. Le dije que usted había estado en casa. Se puso muy contenta, pero al propio tiempo lamentó no encontrarse aquí para saludarla. Me encargó le transmitiese sus mejores deseos.

—Muchas gracias, señor Satterfield.

—Le dije a Lucy que estaba interesada en un estudio sobre arte etrusco y me pidió le indicase la dirección de un profesor en Marzano, Luigi Luchino. Avenida del Príncipe, 24.

—Ha sido usted muy amable, señor Satterfield.

—Espero sea grata su estancia en Europa, señorita Hougron. Buenas noches. —Charles colgó.

Wilma continuó fumando su cigarrillo tendida en la cama. Bueno, no tenía por qué preocuparse. Después de todo, había ocurrido tal como había supuesto Jacques Besnard.

No tenía sueño y quiso aprovechar aquel rato para preparar el

trabajo que debía realizar en Marzano.

Sacó de la valija la cartera negra y extrajo los papeles, que distribuyó por la cama. Luego se sentó ante una mesa y empezó a tomar apuntes. De vez en cuando se levantaba para consultar las notas que tenía sobre el lecho.

Era ya muy tarde, las dos de la madrugada.

Lanzó un grito cuando el teléfono se puso a sonar otra vez. Dejó el lápiz sobre la mesa y atrapó el auricular.

—¿Sí?

No le llegó ninguna voz de la otra parte. Sólo una respiración acompasada.

—Diga —repitió.

—¿Señorita Hougron...? —Era una voz grave, untuosa una voz que no había oído nunca.

—Sí, ¿quién es?

—Un amigo suyo que quiere ponerla sobreaviso.

—No le comprendo.

—La han engañado. Lucy Satterfield no se encuentra en ningún puerto del mar Egeo.

No está haciendo ningún crucero.

—¿Quién es usted?

—¿Me ha oído, señorita Hougron? Lucy Satterfield no está donde le han dicho.

—¿Dónde está Lucy?

—Yo tampoco lo sé.

—Por favor, dígame su nombre.

—No puedo decírselo.

—Muy bien. Dígame dónde puedo verle. Quiero hablar con usted personalmente.

—Lo siento, señorita Hougron, pero eso no está a mi alcance. Sería muy peligroso para ambos.

Wilma se llevó la mano libre a la sien.

—Oiga, ¿qué broma es ésta?

—No es ninguna broma, señorita Hougron, Le estoy diciendo la verdad y también le voy a decir dónde encontrará la solución del misterio.

—¿Dónde?

—En Marzano —inmediatamente se oyó el «clic» que

interrumpía la comunicación.

—¡Oiga...! ¡Oiga! —Wilma golpeó la horquilla repetida veces, pero por el micro sólo le llegó un zumbido.

Por último dejó el auricular en la horquilla.

¿Quién era aquel hombre? ¿Por qué le había llamado? ¿Qué había querido decir...? Cuando logró conciliar el sueño, estaba amaneciendo.

CAPÍTULO IV

—Buenos días, Wilma.

Jacques Besnard se dirigió hacia ella cuando cruzaban el vestíbulo. El joven sonrió señalando su reloj de pulsera.

—Se le pegaron las sábanas.

Había tenido mucho tiempo para pensar. No, no le diría nada a Jacques. ¿Qué sabía de aquel hombre después de todo, si hasta él mismo pudo ser el que trató de matarle con el coche?

—Jacques, se me olvidó preguntarle qué clase de avería sufrió anoche.

—Se me había obturado el carburador —contestó con rapidez.

«Lo tenía ya pensado, Wilma. No te fíes de él. Sí, tiene una sonrisa muy agradable, unos bonitos ojos azules y resulta varonil, pero... ¿por qué apareció justamente cuando tú acababas de llegar a Niza? Ya habías hecho la llamada telefónica a casa de los Satterfield y te dieron la respuesta de que tu amiga y su marido hacían un crucero por el mar Egeo. Te fuiste a la Ensenada de las Gaviotas y de pronto apareció él...».

—¿En qué piensa? —interrumpió Jacques el curso de sus ideas.

—Me había distraído un momento ese vestido.

Fue lo primero que se le ocurrió. Había una mujer un poco más allá, la espalda al aire hasta un poco más abajo de la cintura.

—Bueno, me debe una compensación, Wilma. La llevo esperando dos horas. Tengo el almuerzo en el coche. Iremos a la Ensenada.

—Es ya muy tarde y dentro de tres horas sale mi tren.

—Tenemos tiempo suficiente. Ande, le hace falta distracción. Está un poco pálida. La tomó del brazo y empujóla suavemente hacia la puerta.

¿Por qué no iba con él? Oh, no, era absurdo lo que estaba pensando... Jacques no podía ser un asesino.

Poco después viajaban en el «Floride».

—¿No tiene nada que decirme? —inquirió Jacques. Wilma lo miró a los ojos.

—¿Acerca de qué?

—¿No ocurrió nada después de separarnos?

—¿Tenía que ocurrir?

—Sólo era una pregunta.

Ella titubeó unos instantes, pero por fin dijo:

—No. No ocurrió nada.

—Lo celebro.

Al llegar a la ensenada, Jacques sacó la cesta en que llevaba el almuerzo y fue tras de la joven hacia las rocas.

Ella iba delante, saltando. De pronto se detuvo bajo la impresión de que le tironeaban de la espina dorsal.

Dios mío, ¿cómo había ido con aquel hombre hasta allí? ¿Cómo no lo había pensado antes?

Sentóse en la piedra plana, y Jacques dejó la cesta en el suelo y sacó un paquete de cigarrillos.

Encendieron con el fósforo que frotó Jacques, para lo cual éste se puso en cuclillas. Después de arrojar una bocanada de humo, él dijo:

—He estado investigando respecto a los Satterfield.

—¿Por qué?

—Usted me interesó en el asunto. —Jacques se sentó junto a la joven—. ¿Sabe que Charles Satterfield es un hombre inmensamente rico?

—Lo suponía cuando Lucy me escribió que tenía una casa en Niza, otra en Capri y muchas posesiones en Escocia.

—¿Está enterada de que Lucy es la segunda mujer de Charles Satterfield?

—Sí.

—¿También le contó que la primera mujer de Satterfield murió en extrañas circunstancias?

La joven frunció el ceño.

—Eso lo ignoraba.

—Sí, Wilma. Pamela Satterfield murió carbonizada en una

cabaña hace doce años, en Escocia. Charles Satterfield estaba en el castillo a unas siete millas del lugar cuando sobrevino la catástrofe. Su esposa se encontraba sola, según parece, durmiendo. Lo cierto es que fue así como ocurrieron las cosas.

—¿Quién le ha contado esa historia?

—Un periodista.

—¿Le ha dicho algo más acerca de Charles Satterfield?

—Sí, que es un hombre muy huraño. Hace poca vida social. Su círculo de amistades es muy reducido. Conoció a su amiga Lucy hace ocho años y a los pocos meses se casaron. Pero no parece que hayan ido muy bien las cosas entre ellos.

—¿Qué le hace suponer tal cosa a su amigo el periodista?

—No están juntos casi nunca. Lucy viaja constantemente. Alguna vez su esposo la acompaña, pero en cuanto tiene una oportunidad de zafarse del compromiso se viene a su casa como hizo ayer.

—Pero él me dijo que volvía con Lucy en un breve plazo.

—Quizá se lo dijo y no piense hacerlo.

—¿Por qué me cuenta todo eso, Jacques?

—He estado pensando en lo que ocurrió anoche. Aquella mujer, que al parecer era una impostora, nuestro viaje a la casa, su accidente... En fin, lo he encontrado todo un poco extraño.

«Cuidado, Wilma —oyó su voz interior—, quizás él te explica todo eso para sonsacarte. Supón que es tu enemigo. Sí, imagina otra vez que él fuese el hombre del coche... Ten en cuenta la llamada de aquel desconocido, el de la voz untuosa. Te advirtió que Lucy no se encontraba haciendo el crucero por el mar Egeo. Quizá Jacques te está tendiendo un anzuelo y el cabo ha sido la pequeña historia de Charles Satterfield».

—Se me estaba ocurriendo una cosa, Wilma. ¿Qué le parece si se pone en contacto con Lucy?

La joven se mordió el labio.

—No sé dónde puede estar.

—Podríamos intentar saberlo con ayuda del periodista. Es posible que logre interesarlo en el asunto. A él le sería relativamente fácil de establecer comunicación con algunos corresponsales en Grecia.

—Ya he perdido todo interés por ese asunto, Jacques.

—No la comprendo.

—Ya le he dicho que salgo para Marzano dentro de un rato. Lo único que me preocupa ahora es el trabajo para el que vine a Europa.

—Está bien, como quiera... ¿No se baña?

Wilma miró las negras aguas del fondo de la ensenada. Las olas golpeaban contra los islotes donde anidaban las gaviotas. Cinco años atrás se había atrevido a bañarse allí. Era una buena nadadora. Existían fuertes corrientes pero en aquel entonces nunca pasó peligro alguno.

Miró a los ojos de Jacques, que la estaban invitando.

—Vaya usted, Jacques. Yo le seguiré dentro de un momento.

—Muy bien.

Jacques descendió por entre las rocas. Se detuvo sobre un peñasco que le podía servir de trampolín, un espigón que se introducía en el mar.

Se despojó de la camiseta blanca y de los pantalones. Cubríase con unos *shorts* de color azul.

Su zambullida fue perfecta.

Wilma lo vio aparecer en el agua y lanzarse braceando hacia el centro de la ensenada. No, no iría con él. Estuvo tentada de marcharse, pero ¿no sería ridículo?

Se tendió en la piedra al sol. Era increíble que con aquel cielo espléndido y aquel clima maravilloso una mente humana pudiese pensar en misterios y en muertes.

Pero ¿y la llamada de aquel desconocido?

¿Y si se pusiese en contacto con la policía? Pero ¿qué les iba a decir? Sería ridículo. Ella no podía poner en evidencia a un hombre como Charles Satterfield, el esposo de Lucy.

Sólo existía una forma de acabar con todo aquello. Abstraerse en su trabajo. Sí, eso es lo que haría. Ella quería verse lejos de allí, en Marzano. Rogaría a Jacques que volviesen a la ciudad.

Sentóse otra vez en la roca y miró a la ensenada sin descubrir a Jacques. Buscó por la superficie del agua, por entre las rocas. No; no vio a Jacques. Se puso en pie pensando en que le hubiese ocurrido alguna desgracia.

Vio un remolino a la derecha. Era un enorme embudo.

Santo cielo, ¿y si Jacques había sido apresado por aquellas

aguas? De pronto sonó un estampido.

Algo que crujía en el aire llegó desde abajo y pasó muy cerca de ella chocando en la roca que había a su espalda.

Habían disparado un rifle.

CAPÍTULO V

Wilma se dejó caer al suelo.

Sonó otro estampido, y ahora la bala pasó justamente por donde ella se encontraba un segundo antes y chocó en las piedras de atrás.

El proyectil salió rebotado hacia el mar.

Instintivamente, Wilma se echó a rodar por la roca y se coló por una hendidura.

Aplastóse contra las algas que crecían allí, sintiendo cómo la humedad traspasaba su ropa.

Ya no volvieron a disparar, pero tenía que quedarse en el hueco porque se dijo que en cuanto se alzase volverían a hacer fuego contra ella.

—¡Wilma! —Oyó de pronto la voz de Jacques.

Venía de abajo, justamente de donde le habían disparado.

Se imaginó a Jacques con el rifle en la mano, apuntando hacia aquella parte, a la espera de que ella apareciese para volver a apretar el gatillo.

—¡Wilma...! ¿Le ha ocurrido algo...? ¡Dígamelo...! ¡Voy en su ayuda...!

Pensó en levantarse y echar a correr, pero no debía hacerlo. Era una estratagema de Jacques que estaba con el arma dispuesta.

Volvió la cabeza mirando el camino hacia el coche.

¿Qué pasaría si de pronto se levantaba y echaba a correr? Oh, no, sería una locura.

¿Y si gritaba? Eso indicaría a Jacques que estaba viva. Había pocas posibilidades de que le prestasen ayuda. Había elegido aquel lugar porque estaba solitario.

—¡Wilma...! ¿Dónde está? Jacques estaba llegando arriba.

No pudo resistirlo más. Se levantó lanzando un grito y a correr.

—¡Wilma! —Oyó a Jacques corriendo tras ella.

Tropezó contra el borde de una roca y estuvo a punto de caer, pero logró mantener el equilibrio.

Fue a continuar corriendo, pero de pronto una mano la atenazó por el brazo y ella se volvió con los puños cerrados para golpear en la cara de Jacques. El la sujetó férreamente.

—¿Qué te pasa, Wilma?

El agua resbalaba por el pecho y la cara de Jacques, y sus ojos estaban llenos de ira.

—Controle sus nervios.

—¡Usted ha disparado contra mí!

—No fui yo.

—¡Miente! ¡Me quiere matar...! ¿Por qué? ¿Por qué me quiere matar?

—No he sido yo, aunque vi al hombre que lo hizo.

Hubo un silencio entre los dos y ella lo miró con los ojos agrandados.

—¿Que lo vio usted...?

—Sí. Estaba entre las rocas, en el cabo de enfrente. Demasiado lejos porque yo estaba en ese momento junto a la isla. Tuve que dar unas brazadas para poder asomar la cabeza. A mitad de camino hizo el segundo disparo. Por fin lo pude ver cuándo se retiraba con el rifle en la mano... Sólo pude notar que era de talla mediana. Se cubría con una cazadora de cuero y sombrero negro de ala baja. Desapareció enseguida por la otra parte. Pude nadar tras él, pero hubiese resultado inútil y, como no la vi a usted, pensé que la habían alcanzado con una bala. En mi vida he temido tanto por una persona...

La joven relajó su cuerpo que hasta entonces había estado en tensión. De no haberla sostenido Jacques, hubiese caído al suelo.

—Siéntese. Le daré un trago de *whisky*.

Se acercó a la cesta y sacó una botella, regresando al lado de Wilma.

—Beba.

Wilma bebió un trago y sintió cómo el *whisky* le abrasaba la garganta.

—Puede volver, Jacques.

—No lo creo. Sería demasiado expuesto para él.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué disparó?

—Está claro. Quieren quitarla de en medio. ¿Qué es lo que usted sabe? ¿Qué secreto posee usted, Wilma?

—Ninguno. No poseo ningún secreto.

—No lo puedo creer. Es algo relacionado con los Satterfield.

—Anoche me llamó Charles Satterfield.

—¿Qué quería?

—Me dijo que había recibido una llamada telefónica de Lucy desde un puerto del mar Egeo. El señor Satterfield anunció a mi maestra que me encontraba aquí. Lucy me envió sus saludos y le dio la dirección de un profesor de Marzano, Luigi Luchino.

—¿Qué más le dijo?

—Eso fue todo, pero luego hubo otra llamada. Esta vez fue un desconocido. Dijo que Lucy Satterfield no se encuentra en ningún puerto del mar Egeo, que no estaba haciendo ningún crucero.

—¿Dónde está?

—No lo aclaró. Le pedí hablar con él personalmente, pero no quiso saber nada de eso.

Sólo me advirtió que encontraría la solución del misterio en Marzano.

Jacques bebió un trago de *whisky*.

—Es un condenado asunto.

—Tengo una solución, Jacques. Debemos ir a la policía.

—Sí, quizá sea lo mejor.

El inspector René Bardou prendió fuego a su cigarrillo de tabaco picado. Era el tercero que fumaba en el curso de la entrevista. Había escuchado atentamente a aquella joven, Wilma Hougron, y al hombre que la acompañaba, Jacques Besnard. Hizo muy pocas interrupciones, las indispensables para aclarar ciertos detalles del relato. Cuando la joven hubo terminado de contar la escena en la ensenada de Las Gaviotas, Bardou, de unos cuarenta años de edad, cabello muy corto, casoso, talla inferior a la normal, nariz un poco doblada, emitió un gruñido y caminó hacia la ventana.

—¿Qué es lo que concretamente piensa acerca de todo el asunto, señorita Hougron?

¿A qué obedece ese deseo de matarla a usted?

—Sólo cabe una explicación.

—Magnífico. Dígalo.

—Lucy ha sido asesinada.

—¿Por quién?

—Por su esposo, naturalmente.

—Comprendo su hipótesis. Usted ha aparecido de pronto y con su actitud podría provocar el que ese asesinato se descubriese. —Bardou hizo un gesto negativo con la cabeza—. Me parece muy poco probable, señorita Hougron. Si el señor Satterfield hubiese asesinado a su esposa, ¿por qué no la dejó a usted en paz? Usted acaba de confesar que cuando salió de casa del señor Satterfield estaba convencida de que todo marchaba bien. ¿Por qué el señor Satterfield iba a intentar matarla? Al señor Satterfield le convenía dejar las cosas como estaban y no provocar incidentes. Suponga que aquel conductor la hubiese matado en la carretera. Su cadáver hubiese sido hallado y entonces habríamos iniciado investigaciones.

—Perdón, inspector —intervino Jacques—, pero si aquel conductor hubiese podido matarla se habría desembarazado del cadáver, y en cuanto a los disparos del rifle, indudablemente el hombre que envió las balas contra la señorita Hougron ignoraba que ella hubiese ido allí acompañada.

Bardou emitió otro gruñido.

—Tocado, señor Besnard.

—¿Qué piensa hacer, inspector?

—No me negarán que es una situación un poco... llamémosla delicada. El señor Satterfield goza de una gran reputación en este distrito. De todas formas, no puedo soslayar una investigación, al menos con carácter oficioso. Son ustedes dos personas para asegurar que ha habido un intento de asesinato.

—Dos —le corrigió Wilma.

—Perdone, señorita, pero en el primero no hubo testigos. Haremos una visita al señor Satterfield. Naturalmente, he de pedirles a ustedes que me acompañen.

—Con mucho gusto, inspector —asintió la joven. Hicieron el viaje en un coche de la policía.

El inspector Bardou viajó en el asiento trasero con los dos jóvenes. Delante lo hacían dos inspectores, uno de los cuales era el que conducía.

Les abrió la puerta de la casa el criado que Wilma ya conocía por haberlo visto la noche anterior.

El inspector exhibió su credencial anunciando su deseo de ver al señor Satterfield. Los visitantes fueron introducidos en la biblioteca.

El esposo de Lucy no se hizo esperar. Penetró en la estancia cubriéndose con un batín color verde botella.

—Buenos días, señorita Hougron —saludó con una sonrisa—. Celebro verla de nuevo en mi casa... Inspector Bardou, bienvenido.

—Buenos días, señor Satterfield. —Los dos hombres cambiaron un apretón—. Lamento decirle que mi visita es oficiosa.

—¿De que se trata, inspector?

—La señorita Hougron, una ex alumna de su mujer, ha sido objeto de dos atentados, aun cuando sólo uno de ellos ha podido ser comprobado. Siento mucho tener que molestarle, señor Satterfield, pero la impresión de la señorita Hougron es de que alguien atenta contra su vida porque, al parecer, con su presencia descubriría un asesinato.

—¿Un asesinato? —Satterfield sonrió—. Inspector, me deja usted perplejo. ¿A qué asesinato se refiere?

—Al de su mujer. Satterfield parpadeó.

—¡No! —Se echó a reír—. Dios mío... Lucy... La joven intervino con voz furiosa.

—Le desafío a que nos demuestre que su mujer está viva, señor Satterfield. Charles continuó riendo a golpes.

—Perdone, señorita Hougron, pero hacía tiempo que no escuchaba algo tan jocoso.

—¿Dónde está su mujer?

—Ya se lo dije anoche.

—Sí, en un puerto del mar Egeo. ¿En qué puerto?

—Hotel Tebas, en Creuce.

—Me imagino que, si ahora hiciésemos la comprobación, nos encontraríamos con la sorpresa de que la señora Satterfield no se encuentra allí.

Charles consultó su reloj.

—Siento contradecirla, señorita, pero mi mujer pensaba permanecer en Creuce todo el día.

—Por favor, compruebe eso, inspector.

—Muy bien. Iremos a mi oficina.

—Oh, no lo puedo consentir —dijo Satterfield—. Señor Bardou, es suyo el teléfono que tiene sobre la mesa.

El inspector dio su nombre a la telefonista y pidió conferencia con el hotel Tebas, de Creuce, insistiendo en que se trataba de un servicio urgente.

Al cabo de un rato le dieron la comunicación.

—Hotel Tebas, por favor. Soy el inspector Bardou de la policía francesa. Deseo hablar con la señora Lucy Satterfield... Espero —hizo una pausa—. ¿Señora Satterfield...? —Al inspector se le encendieron las orejas—. Perdone, señora Satterfield. El motivo de interesarme por su salud es oficial, pero me alegro de que se encuentre perfectamente bien... Le hablará su esposo. —Bardou alargó el teléfono a Satterfield mientras daba un suspiro.

Charles atrapó el auricular.

—¿Querida...? ¿Cómo has pasado la noche...? Me alegro mucho... ¿Os haréis a la mar esta tarde...? Magnífico... Sí, quiero que te diviertas mucho... Oh, no tiene importancia, la policía de vez en cuando extrema su celo con respecto a la seguridad de sus ciudadanos...

—¡Espere un momento! —exclamó Wilma—. No cuelgue. Quiero hablar con ella.

Conozco su voz. Quiero saber si realmente es Lucy Satterfield quien está a la otra parte.

—¡Señorita Hougron! —exclamó el inspector Bardou. Charles había cubierto el micro con la mano.

—Déjela, inspector, creo que la señorita Hougron está en su perfecto derecho de hacer la comprobación. Por nada del mundo desearía que saliese de esta casa en la creencia de que la maestra a la que tanto quiere le haya podido sobrevenir cualquier desgracia.

La joven tomó el auricular. Ahora se dio cuenta de que estaba realmente emocionada.

A la otra parte no oía nada.

—¿Señora Satterfield...?

—¡Wilma...! Dios mío, eres tú, Wilma...

—¡Oh, señora Satterfield, cuánto me alegra oír su voz!

—La tuya no ha cambiado nada.

—La de usted tampoco —lo había dicho espontáneamente y de pronto recordó el motivo por el que se encontraba en aquella casa y sintióse avergonzada.

—Querida Wilma —oyó a Lucy—. Le dije a Charles cuánto

sentía no encontrarme en Niza... El caso es que me siento muy obligada con las personas que me han invitado. Ya conoces mis compromisos de carácter social.

—Lo comprendo perfectamente y no hace falta que se excuse, señora Satterfield.

—Me habría gustado mucho ayudarte en ese trabajo sobre el arte etrusco... ¿En qué va a consistir concretamente?

—Objetos funerarios pertenecientes al Primer Estadio.

—Entonces confirmo lo que dije anoche a Charles. Luigi Luchino, de Marzano, te será de mucha ayuda. ¿Tienes su dirección?

—Sí, Lucy.

—Quiero una copia de ese trabajo, muchacha. Déjasela a Charles y él me la hará llegar.

—Cuente con ella, señora Satterfield.

—Me has dado una sorpresa, pero yo quiero darte otra. Este mismo año iré a Los Angeles, a California.

—Señora Satterfield, eso sería maravilloso.

—Ya puedes contar con ello. Quiero recordar viejos tiempos... ¿Cómo está la vieja refunfuñona de Sarah Nolan?

—Continúa con su mal genio.

—¿Cuándo le van a dar la jubilación? Creo que ya se lo ha ganado.

—El Decano es partidario de concedérsela el próximo curso, pero ya sabe que la señora Nolan se aferra a la cátedra con todas sus fuerzas.

—Siento mucho no poder estar contigo unos días, pero el tiempo pasa muy aprisa y nos desquitaremos en California. Pienso pasar allí el invierno. Muchos besos, querida.

—Dios la bendiga, señora Satterfield.

Lucy oyó que colgaban a la otra parte y ella lo hizo a continuación. Dióse cuenta del silencio que se hacía a su alrededor.

El inspector Bardou tosió suavemente adelantándose hacia el dueño de la casa.

—Perdone, señor Satterfield.

—Por favor, usted cumplió con su deber. Wilma miró al esposo de Lucy.

—Comprendo que le será muy difícil perdonarme por esto, señor

Satterfield.

—En absoluto, señorita Hougron, todo lo contrario. Era verdad cuanto me decía Lucy con respecto al cariño que usted sentía por ella. Sinceramente, no le puedo guardar ningún rencor.

—Gracias —dijo la joven, y fue hacia la salida.

El viaje de regreso estuvo rodeado de un embarazoso silencio. Al pasar frente al hotel Hamond, Jacques dijo:

—Puede dejarnos aquí, inspector.

La joven miró a Bardou y éste emitió un gruñido cabeceando.

—No, señorita Hougron, tampoco quiero que se disculpe conmigo.

—No pensaba hacerlo.

—¿Eh?

—Todavía queda algo en pie, inspector. ¿Por qué han Intentado dos veces asesinarme? Wilma no esperó una respuesta y salió del coche.

Jacques la alcanzó en la escalera.

—¿Bebemos algo?

—No, gracias, Jacques.

—¿Qué piensa hacer ahora?

—Ir a Marzano, naturalmente. Me queda muy poco tiempo. Tan sólo media hora.

—Me gustaría acompañarla a esa ciudad, Wilma, pero recibí un cable de mi tío. Llegará esta tarde a Niza y he de acompañarlo para realizar un importante contrato. ¿Por qué no se queda aquí un par de días? Entonces podría ir con usted a Marzano.

—No, Jacques, no quiero variar mi plan.

—Imagino que cuanto diga no servirá para disuadirla.

—Es una decisión, Jacques. Además, sinceramente, quiero ir sola a la estación. Pediré un taxi. Adiós, Jacques, y gracias por todo.

Se estrecharon las manos, y la joven sonrió débilmente mientras ascendía por la escalera hacia el hotel.

Jacques quedó mirando a la joven con los ojos entornados. Cuando ella hubo desaparecido se volvió hacia la terraza de la derecha. Allí había un hombre que se cubría con traje y sombrero oscuros. Jacques movió la cabeza imperceptiblemente y el hombre del traje oscuro asintió, dio media vuelta y se alejó.

CAPÍTULO VI

El hotel Lombardía era un edificio de tres pisos color gris pizarra.

El empleado que atendía el escritorio era un hombre de ojos saltones.

Cuando la joven se hubo inscrito fue precedida por un botones hasta la habitación 19, en el segundo piso.

Antes de que el botones se marchase, Wilma le preguntó por la calle del Príncipe y recibió la respuesta de que estaba muy cerca, a unos quince minutos de allí, siguiendo el camino de la Plaza Mayor, a la derecha del hotel.

Cuando se encontró a solas, la joven inspeccionó el apartamento. Contaba con un cuarto de baño muy pequeño.

Había hecho un pesado viaje en el tren.

Estaba bajo la ducha cuando oyó que su puerta se abría.

—¿Quién es?

No obtuvo respuesta y salió del cuarto de baño tras cubrirse con el albornoz.

Junto a la puerta había un hombre muy corpulento, de vientre abultado. Vestía camisa a cuadros, traje oscuro y defendía los ojos con gafas ahumadas.

—Buenos días, señorita, permítame que me presente. Filippo Rosse, el mejor guía de la ciudad.

—¿Acostumbra a entrar en las habitaciones sin llamar?

—¿Qué dice? —sonrió Filippo—. Soy una persona correcta, bien educada —se despojó del sombrero de fieltro y unos mechones lacios le cayeron por la frente—. Mi padre fue comendador y me envió a Oxford. Fue allí donde adquirí el inglés tan perfecto que me permite mostrar a los turistas las bellezas de Marzano.

—Le quedo muy agradecida, señor Rosse.

—¿Cuándo quiere que venga por usted?

—Si lo necesito, lo llamaré.

—La mejor hora para visitar la ciudad es a partir de las nueve de la noche.

—Muy curioso, señor Rosse, creí que las bellezas se debían ver de día.

—He aquí el secreto de esta magnífica ciudad que la hace distinta a todas. Hay que verla de noche. Es entonces cuando Marzano nos enseña su corazón.

—Hasta la vista, señor Rosse.

—¿Sabe que la ciudad fue edificada en el año 1224? ¡Ah, lo que le podría decir contándole los amores de Celestino y Mafalda!... Se estremecerá de horror cuando conozca la cruel venganza del duque de Sinalfi...

—Señor Rosse, estaba tomando un baño, usted lo interrumpió, ¿quiere hacer el favor de marcharse?

—Claro que sí, señorita —hizo una reverencia—. Estoy a su disposición. No olvide el nombre. Filippo Rosse. El único guía de Marzano con autoridad para explicar pulgada a pulgada la bella historia de la ciudad.

—Adiós, señor Rosse.

—Quedo a sus pies, señorita Hougron.

El enorme guía se cubrió la cabeza con el sombrero y salió sin dejar de hacer reverencias.

Wilma cerró con llave. No quería más interrupciones.

Regresó al cuarto de baño y continuó su ducha. Luego de secarse se vistió con blusa blanca y falda gris. Quería visitar cuanto antes a Luigi Luchino. Tomó su cartera de trabajo y abandonó el hotel.

Vio a Filippo Rosse sentado en la puerta de un bar enfrente. El guía estaba hablando con un hombrecillo d© piel apergaminada.

Rosse se levantó al ver a la joven.

—Magnífico, señorita Hougron. Ya está ocultando el sol.

—Sí, señor Rosse, pronto será de noche y entonces quizá lo busque para que me cuente las historias de Marzano, pero, entretanto, visitaré sola la ciudad.

Dejó a Rosse con la sonrisa en los labios y prosiguió su camino teniendo en cuenta las indicaciones que había recibido del gerente

del hotel.

Las calles estaban empedradas y muchas de las casas conservaban en sus fachadas el estilo medieval. Pero aquel suelo era endiabladamente malo para andar con zapatos altos. Estuvo tentada de regresar al hotel para cambiarse los zapatos por unos llanos, pero la sola idea de ver por dos veces a Rosse le impulsó a seguir adelante.

El número 24 resultaba la más hermosa casa de aquella calle. Pertenecía a un estilo mezcla de gótico e italiano, lo cual era lógico habida cuenta de la situación geográfica que ocupaba aquella ciudad.

Buscó un timbre inútilmente y no tuvo más remedio que atrapar el enorme aldabón que descansaba sobre la puerta.

Dio un golpe y retiróse avergonzada por haber armado aquel ruido en una calle solitaria, tranquila, que parecía pertenecer a un pueblo deshabitado.

Al cabo de un rato oyó el descorrer de un cerrojo. En el hueco apareció un hombre que le produjo un estremecimiento. Poseía una cara de una gran fealdad, mejillas chupadas y ojillos pequeños, hundidos en las órbitas.

—Buenas tardes. Busco al señor Luchino.

—Ésta es su casa. ¿Quién es usted?

—Mi nombre es Wilma Hougron. Soy profesora de la Universidad de Saint Vincent, en California, y vengo recomendada por la señora Satterfield. ¿Querrá anunciarme al señor Luchino?

El hombre la observó detenidamente y por último concedió meneando la cabeza.

—Sígame.

Wilma entró en un patio con piso de piedra. A derecha e izquierda crecían algunas plantas en grandes macetas. Al fondo arrancaba una escalera que conducía a la vivienda y por ella subió Wilma precedida por el servidor.

Después de cruzar el vestíbulo, a cuyos lados había armaduras medievales, fue introducida en una estancia de paredes guarnecidas con antiguos y raros tapices. El mobiliario era un legado de una época muy remota.

—Siéntese, señorita Hougron. Enseguida aviso al señor Luchino.

Mientras esperaba, Wilma se acercó a una vitrina donde se

exhibían algunos objetos.

Identificó uno de arte etrusco. Era un ánfora, un maravilloso ejemplar de su especie.

La admiraba cuando se produjo un suave carraspeo a su espalda.

Giró bruscamente y quedó sorprendida al ver al hombre que le salía al encuentro. Era rubio, alto, guapo, de ojos verdosos y mentón energético.

—Bienvenida a mi casa, señorita Hougron. Pierre me ha dicho que viene usted recomendada por los señores Satterfield.

—Así es, señor Luchino.

—Lucy y Charles Satterfield son grandes amigos míos. Lucy es una de las primeras autoridades en arte etrusco, mi especialidad.

Wilma le explicó la causa de su viaje a Europa detallándole la clase de estudio que debía realizar.

—Me he permitido hacer un guión del trabajo que pretendo llevar a cabo. —Wilma sacó unos papeles de la cartera, que pasó a Luchino.

Ambos se sentaron y durante los minutos siguientes Luigi examinó el proyecto de Wilma.

—Me parece magnífico, señorita Hougron. Poseo una gran biblioteca.

Luchino corrió unas cortinas, y Wilma quedó asombrada al encontrarse con estanterías de grandes tomos encuadernados en piel de becerro.

—Nunca pensé que pudiese tener la suerte de trabajar con los textos originales para realizar mi trabajo.

—Están a su disposición, señorita Hougron.

—Empezaré mañana, ¿le parece bien?

—Cuando usted quiera.

—¿A qué hora puedo venir?

—Me levanto muy temprano, a las siete.

—Se lo agradezco mucho, señor Luchino. Yo también voy a madrugar.

—¿Quiere beber algo?

—No, muchas gracias, no tengo costumbre antes de cenar.

Luchino la acompañó hasta la puerta. Allí, emergiendo como una sombra, apareció Pierre.

—Acompaña a la señorita Hougron hasta la calle —ordenó

Luchino.

Ya no vio a Filippo Rosse en la mesa del café ni al otro hombre delgado que le acompañaba.

Cuando entró en su habitación se detuvo de pronto al descubrir sus ropas en el suelo. Cerró la puerta y se precipitó en la estancia. Su valija estaba por el suelo, despanzurrada. Habían rasgado con una navaja el fondo.

No le faltaba nada.

Pero ¿qué significaba aquello? ¿Por qué habían asaltado su habitación? ¿Por qué lo habían revuelto todo? ¿Quiénes eran y qué buscaban...?

Pero esto no había sido el comienzo. Antes había habido otras cosas, los dos intentos de asesinato, aquella falsa Lucy Satterfield...

No existía respuesta para sus preguntas. Sólo tenía una cosa clara. Que se encontraba en la vorágine de un misterioso asunto de que no conocía el principio ni el fin.

De pronto el teléfono se puso a sonar.

Se acercó a la mesilla de noche y descolgó el auricular con miedo.

—¿Señorita Hougron?

Era el mismo hombre. El de la voz untuosa.

—Sí, soy yo.

—Quería darle mi bienvenida. Gracias por haberme escuchado.

—Hubiese venido a Marzano sin su consejo. El hombre soltó una risita por el cable.

—Sea cual fuere la razón por la que ha venido, el caso es que está aquí.

—¿Quién es usted...? ¿Qué quiere?

—Con usted ha llegado la muerte a Marzano, señorita Hougron.

—¿Qué quiere decir?

—Recuérdelo. Con usted ha llegado la muerte... —repitió el desconocido. Y colgó.

CAPÍTULO VII

Wilma estaba sola ante su mesa, cenando.

En el comedor había otras seis mesas ocupadas y Wilma había llegado a la conclusión de que sus compañeros eran también turistas.

Dos mozos atendían el servicio sin darse mucha prisa.

La joven se había dado cuenta de que uno de los comensales no le quitaba ojo de encima. Era un hombre rubio, de cejas blancas y mentón puntiagudo.

Renunció al postre y salió del comedor.

El tipo de los ojos saltones, el de recepción, le preguntó:

—¿Satisfecha de su estancia entre nosotros, señorita Hougron?

Wilma se preguntó si no había cierta ironía en sus palabras. ¿Estaría él al corriente de lo que había sucedido en su habitación?

—Muy satisfecha —contestó, observando atentamente el rostro de su interlocutor, pero no encontró ninguna variación en él.

—¿Se va a dormir?

—No. Daré una vuelta por el pueblo.

—Se lo iba a aconsejar.

—¿Es cierto que Marzano ofrece de noche sus mejores encantos al visitante?

—Usted misma lo comprobará, señorita Hougron. Justamente esta noche se celebra la «Fiesta de los Hechizos».

—«¿Fiesta de los Hechizos...?». ¿Qué es eso?

—Una de las más viejas tradiciones de Marzano.

Vio aparecer al rubio en el hueco del comedor y se despidió rápidamente.

Salió a la calle y por unos instantes estuvo tentada de volverse, ya que se preguntó cómo podían celebrarse unas fiestas con aquélla

casi total oscuridad, pero oyó los pasos del hombre rubio y se apresuró a cruzar a la otra parte.

Se había cambiado de zapatos. Ahora llevaba los llanos, lo cual le permitió andar deprisa.

Poco después se encontraba en la plaza Mayor.

Se detuvo de pronto al ver unas horribles figuras que había detenidas junto a una casa, muñecos de ojos monstruosos y bocas deformes.

Se produjo un chisporroteo de luces anaranjadas, verdes, rojas...

Las bombillas estaban escondidas en los rincones de las paredes de forma que se producía una iluminación indirecta sobre aquellas máscaras infernales y de pronto las figuras empezaron a moverse. Lo hacían mecánicamente. Primero un brazo, luego una pierna, más tarde la cabeza...

Nuevas máscaras aparecieron por distintos callejones que conducían a la plaza. Wilma se dio cuenta de que ella era la única espectadora.

Tres figuras saltaron hacia ella obligándola a retroceder.

Sus espaldas golpearon contra otro de los actantes y lanzó un grito. Se empezó a oír un tam-tam

y unas voces lejanas, voces como aullidos.

Wilma vio una puerta y corrió hacia ella, pero por el hueco apareció una nueva cara monstruosa.

Fue a dar media vuelta y de pronto tropezó con el hombre alto de cejas blancas y mentón puntiagudo.

—Venga conmigo.

La tomó por la mano y dio un tirón de ella.

Cruzaron a la otra parte y se internaron por un callejón.

Los aullidos hablan ido subiendo de tono hasta convertirse en una algarabía infernal.

—No se preocupe, señorita. No le ocurrirá nada... mientras esté conmigo, Siguieron avanzando por la calleja.

Los gritos, los aullidos, fueron quedando atrás.

—Mi nombre es Gustav Erickson... Conozco el suyo, señorita Hougron. Pregunté en el hotel.

—Quisiera encontrarme ya en mi habitación —dijo sofocada la joven.

—Es una fiesta inofensiva.

—Pero no apta para cardíacos, especialmente si no se conoce.

—¿No estaba al corriente?

—Me explicaron algo en el hotel, pero no lo bastante.

—Comprendo —rió Erickson—, aunque lo peor aún no ha llegado.

—¿Existe algo peor?

—El aquelarre.

—Ya me hago una idea de lo que pueda ser.

—Le gustará.

—Oh, no, señor Erickson, ya he sufrido demasiadas emociones durante los últimos días.

—¿Antes de llegar aquí?

Se arrepintió de haber dicho aquello.

—Señor Erickson, sea usted bueno y acompañeme al hotel. Le quedaré muy reconocida.

—Para llegar al hotel habremos de pasar por la plaza Mayor, y justo allí es donde se va a celebrar el aquelarre.

—¿No habrá alguna forma de dar un rodeo?

—Bueno, quizá lo pueda arreglar.

—Magnífico, señor Erickson.

Wilma sintió la mano férrea del rubio en su brazo.

No le gustaba la compañía de aquel hombre, pero gracias a él se había podido salvar de aquellas figuras de pesadilla que establecían un cerco cada vez más estrecho a su alrededor.

Continuaron alejándose del centro del pueblo.

Wilma poseía sentido de la orientación y se dio cuenta, alarmada, de que Gustav Erickson no tenía el menor deseo de hacerla regresar al hotel, ya que dejaron atrás tres o cuatro callejones que indudablemente los hubiesen conducido hacia el «Lombardía».

Wilma dio un tirón desasiéndose.

—Será mejor que nos separemos.

—¿Qué le ocurre, señorita Hougron? ¿Sigue teniendo miedo?

—No lo tengo a las personas de carne y hueso.

—Bravo, señorita Hougron.

—Gracias por haberme acompañado hasta aquí. Ahora seguiré sola. Ella fue a volverse, pero la mano de él la tomó del brazo.

—Suélteme, señor Erickson.

—Quedamos en que marcharíamos juntos.

—Sí, pero también acordamos que sería para regresar al hotel.

—Ya entiendo, cree que la llevo por un camino que no es el que debe ser.

—Exactamente.

—Muy bien, señorita Hougron.

—Tiene usted un modo muy torpe de conquistar a una mujer, señor Erickson.

—Es usted muy hermosa, señorita Hougron, pero me temo que en esta oportunidad he de decepcionarla. No me interesa como mujer.

—No quiero continuar escuchándole. Déjeme marchar.

—¿Por qué?

—Porque usted tiene algo que a mí me interesa.

—¿A qué se refiere?

—¿Qué es lo que le entregó a Luchino?

—¿Eh?

—Me ha oído perfectamente, pero se lo repetiré. ¿Qué es lo que le entregó a Luchino?

—¿Se refiere al señor Luchino, el especialista en arte etrusco...?

—Especialista en arte etrusco y otras cosas...

—Soy yo ahora quien le va a decepcionar, señor Erickson. El señor Luchino no me entregó nada.

—No puedo creerlo.

—Le estoy diciendo la verdad. Imagino que sufre usted un error... Sí, estoy segura de que se equivoca de persona. Soy Wilma Hougron.

—Profesora ayudante de Cátedra de la Universidad de Saint Vincent, en Los Angeles, de California, veintitrés años, morena, ojos negros, 1'67 de talla, pero 62 kilos, soltera, sin familia...

La joven miró sorprendida a su interlocutor.

—¿Cómo ha logrado saber tantas cosas de mí?

—Sé otras cosas de usted, señorita Hougron.

—¿Por ejemplo?

—Conoció en Niza, a su llegada, a un hombre llamado Jacques Besnard. Un hombre muy peligroso, demasiado diría yo.

—¿Qué está diciendo? Sólo es un comerciante de vinos. —Pero

Wilma no puso mucha seguridad en su afirmación, porque, después de todo, también ella había sospechado de Jacques Besnard.

El sueco rió sonoramente.

—Es divertido eso. Jacques Besnard un comerciante en vinos... Sí, muy divertido.

—Oiga, señor Erickson. No tengo nada que ver con Jacques Besnard ni con usted.

Déjeme en paz, se lo ruego.

—No puedo dejarla.

—Gritaré.

—Dirija una mirada a su alrededor, señorita Hougron. Nadie la puede escuchar. —Y alzó una mano atrapándola por el cuello.

La joven fue a lanzar un chillido, pero los dedos de Erickson le apretaron la garganta.

—Cuidado, señorita Hougron. Dicen que tengo las manos muy fuertes... Basta un movimiento de mis dedos para que un cuello quede roto, especialmente si es de mujer... El suyo es muy frágil, señorita Wilma... un cuello muy bonito.

Wilma sintió un estremecimiento al ver los ojos del rubio. Parecían poseídos de un brillo diabólico.

—¿Qué quiere, señor Erickson?

—Ya lo sabe. Lo que le entregó Luigi.

—Le repito que no me entregó nada.

—Está mintiendo.

—Se lo juro, señor Erickson.

Los dedos de Erickson se cerraron más sobre el cuello de Wilma. La joven empezó a tener dificultades para respirar y abrió la boca. El aire huía poco a poco de sus pulmones.

—¡Señor Erickson...! Por favor...

—Es usted muy terca, señorita Hougron.

—Por favor... me está ahogando...

—Es lo que voy a hacer con usted si no se muestra un poco más propicia.

—No sé de qué me habla, señor Erickson... ¿Qué es lo que busca...? Dígamelo, al menos.

—Ése no es el juego, señorita Hougron... Quiere morir... Después de todo muere joven y hermosa.

—¡No!



Estaba llegando al límite de sus fuerzas

La joven sintió que los dedos del rubio hacían más presión en su cuello. Ya apenas podía respirar un leve soplo de oxígeno. Estaba llegando al límite de sus fuerzas.

De repente sintió que el cuerpo de Erickson se estremecía, y casi al mismo tiempo los dedos que la estaban ahogando cedieron en su presión.

Vio los ojos de Gustav desorbitados, la boca entreabierta... La mano con que el rubio la había estado ahogando resbaló sobre el pecho de la joven y de pronto las piernas de aquel hombre se doblaron y todo él se vino abajo. Quedó de bruces en el suelo, y el mango de un cuchillo fue entonces visible entre sus omóplatos.

Wilma no tenía fuerzas ni para gritar. Alzó la cara y sintió que el corazón le daba un nuevo vuelco al ver allá enfrente, en la esquina más cercana, a uno de aquellos hombres que se cubría con la horrible máscara de la «Fiesta de los Hechizos».

El engendro echó a andar hacia ella, y fue entonces cuando Wilma recuperó el movimiento y echó a correr calle abajo lanzando un grito de terror.

No sabía si aquel
tam-tam

que escuchaba era producto de los tambores o los latidos de su corazón. Seguía corriendo sin conocer por qué calles cruzaba ni qué casas dejaba atrás.

Se detuvo contra una pared y apoyó la frente escuchando sus propios sollozos.

Otra vez la invadió el pánico cuando aquellas voces se elevaron por encima del pueblo. Eran las mismas voces, como aullidos, pero ahora parecía existir algo mágico en ellas porque en lo más hondo de su ser percibió algo, como una llamada.

Apartó las manos de su cara y miró hacia la profundidad de la calle. Era como si un ser humano le estuviese pidiendo ayuda, un ser que sufría, que era atormentado.

Echó a andar lentamente prestando atención a aquella extraña voz que emergía por encima del aquelarre.

De pronto se encontró ante la casa de Luchino.

Oyó pasos a su espalda y se sintió horrorizada porque al fondo vio una de las máscaras. Fue a golpear en el aldabón, pero la puerta cedió a su impulso. Penetró rápidamente y cerró con suavidad procurando no hacer ningún ruido.

Fuera, desde la calle, oyó el rítmico golpear de unos pies sobre las piedras.

El hombre se estaba acercando. Allí estaba el cerrojo. Sólo tenía que pasarlo y la persona que estaba a la otra parte no podría darle alcance.

Escuchó otra vez. Los pasos seguían acercándose. Tomó el cerrojo y lo pasó suavemente, muy despacio.

Cuando lo hubo conseguido, se dejó caer en el suelo casi desvanecida. Permaneció en esa posición un buen rato.

El patio estaba envuelto en la oscuridad. Veía brillar las hojas de la plantas a derecha e izquierda y al fondo la escalera iluminada por un haz de plateada luna.

No podía regresar al hotel sola. Un hombre había sido muerto, Gustav Erickson.

¿Quién era realmente el rubio?

¿Qué era lo que quería de ella? ¿A qué se refería al pedirle lo que Luchino le había entregado?

Estaba aturdida, confusa. No podía ordenar sus pensamientos pero ¿había alguna forma de ordenarlos? Se sentía protagonista de un sueño deslabazado... Hablaría con Luchino. Le contaría lo que le había ocurrido. Luchino se encargaría de ponerla en contacto con la policía. Era la única persona amiga que tenía en Marzano.

Se dirigió hacia la escalera y subió por ella. Al llegar a lo alto vio que también aquella puerta estaba entornada.

Pasó al interior.

—Señor Luchino —llamó en el vestíbulo.

Estuvo a punto de escapar por el hueco, pero se dio cuenta de que lo que la había sobresaltado era una de las armaduras.

—Señor Luchino —llamó con voz más fuerte—. ¡Pierre!

Entró en la habitación que ya conocía. Estaba iluminada por un candelabro de dos brazos que descansaba sobre la mesa.

Pero allí no había nadie.

Retrocedió hacia el vestíbulo y apartó un grueso cortinaje que daba acceso a la otra ala de la casa.

Ante sí vio un corredor largo en forma de «ele».

—Señor Luchino —repitió.

De repente oyó un ruido. Era como el gotear de un grifo. Procedía del fondo, de la otra parte del corredor.

El sonido de aquella gota se hacía cada vez más sonora Dobló por la otra parte. Allí había una puerta cerrada.

Alargó la mano hacia el tirador, pero luego la encogió. No; no debía abrir aquella puerta.

Un sexto sentido le advertía que debía estarse quieta.

Le habían ocurrido demasiadas cosas en el breve espacio de tiempo que llevaba viviendo en Europa.

Cielo santo, tan sólo tres días antes se encontraba en su país...

Había deseado durante largo tiempo hacer aquel viaje y he aquí que ahora, cuando lo llevaba a efecto, encontrábase en un pueblo fronterizo de las montañas protagonizando la más extraña aventura que pudiera imaginar.

¿Por qué la habían elegido a ella? ¿Por qué?... ¿Qué tenía que ver con aquellos hombres?

Debía marcharse, huir, pero ¿cómo? En la calle se podría encontrar otra vez con uno de sus enemigos...

¿Y quiénes eran sus enemigos?

Otra vez la gota... Por centésima vez martilleando sin interrupción, taladrándole el cerebro.

Sentía que su frente le quemaba. Era como si allí le hubiesen puesto una plancha abrasadora. Y también podía sentir el fluir de su sangre a través de sus sienes. Pero quizá no fuesen sus latidos, sino aquel golpeteo que alcanzaba sonoridades turbadoras. El choque de la gota de agua sobre la piedra.

Abrió la puerta y dio un paso hacia el interior.

Tuvo la impresión de que todo su cuerpo se convertía en un pedazo de hielo.

A la izquierda vio una bañera llena de agua, pero ése no era el grifo que goteaba, sino el que había en un lavabo más allá.

Un cuerpo estaba bajo el agua, una mujer que era mantenida en el fondo por cintas de plástico provistas de ventosas adheridas a las paredes de la bañera.

Aquella mujer sin vida era Lucy Satterfield.

CAPÍTULO VIII

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Sí, aquélla era Lucy, su maestra, la mujer de la que había sido alumna predilecta. Lucy Satterfield le había hecho sentir la afición por los estudios históricos. Se había comportado casi como una madre con ella y ahora estaba muerta. Pero de una cosa podía estar segura, y era de que había sido asesinada.

Un rayo de luz brotó en su cerebro. Su premonición había resultado exacta. Lucy debía haber sido asesinada antes de que ella llegase a Europa. La mujer con la que había hablado por teléfono desde la casa de Satterfield no había sido Lucy, sino una impostora, una mujer que se hacía pasar por ella y que simuló su voz desde aquella ciudad, Creuce, en una isla del mar Egeo.

El desconocido que le hizo las dos llamadas telefónicas no la había engañado. Lucy Satterfield no estaba haciendo ningún crucero de placer, y también el misterio de los extraños atentados tenía ahora su explicación, justo donde él le había dicho, en Marzano.

Había otra cosa clara. El hecho de que el cadáver de Lucy se encontrase allí implicaba que Luigi Luchino era culpable pero ¿estaba él solo?... Tal como se habían desarrollado los acontecimientos la responsabilidad alcanzaba a otras personas.

Había un hombre al que consideraba como el cabecilla de aquella pandilla de asesinos.

Charles Satterfield, el propio esposo de Lucy.

Debería salir de allí cuanto antes. Ahora mismo.

Fue a retroceder, pero de pronto oyó el chirrido de una puerta. Alguien había entrado en la casa.

Permaneció de espaldas al cadáver, el oído alerta.

Por un momento le pareció que los pasos se alejaban hacia la

habitación donde había sido recibida por Luchino, pero de pronto se detuvieron. El hombre regresaba y se dirigía justamente allí.

No sabía quién era.

Quienquiera que fuese quizá se había dado cuenta de que una persona extraña se encontraba en la casa.

Contuvo la respiración al ver una figura a través del cristal esmerilado. Era Pierre, aquel hombre de cara fea.

Permaneció en el corredor inmóvil y de pronto se vino hacia adelante y abrió la puerta. Wilma estaba detrás.

No supo cómo lo hizo, quizá fue el instinto de conservación, pero atrapó por el brazo a Pierre y tiró de él hacia el interior de la estancia con todas sus fuerzas.

El servidor de Luchino trastabilló y cayó de bruces en el suelo. Wilma echó a correr hacia la salida.

Oyó a sus espaldas que Pierre se ponía en pie lanzando maldiciones. Dejó atrás el corredor y cruzó el vestíbulo. La puerta estaba cerrada. Tanteó a oscuras buscando el pestillo.

Angustiada, oyó cómo Pierre avanzaba por el corredor para darle alcance. Pudo abrir la puerta y se precipitó por el corredor hacia el patio.

Dios mío, no tendría tiempo de despasar el cerrojo. Antes de que lo pudiese lograr, Pierre la atraparía.

Ya había aparecido arriba y empezaba a bajar por la escalera. Corrió el cerrojo y la puerta quedó abierta.

Precipitose por el hueco y echó a correr por la calle.

Tenía que llegar al hotel cuanto antes, aunque tuviese que pasar por la plaza Mayor. Temía encontrarse de un momento a otro con una de aquellas terribles máscaras, pero ya habían cesado el tam-tam y los aullidos.

El bar estaba cerrado, pero vio luz en la puerta del hotel y se precipitó al interior.

—Ayúdeme, por favor.

El hombre de los ojos saltones estaba tras el escritorio leyendo un periódico, y alzó la cara.

—¿Qué le ocurre, señorita Hougron?

—¡Me persiguen! El hombre sonrió.

—Ya acabó el aquelarre hace un rato... Quizá algún *rezagado* se

apostó en algún sitio para embromarla, pero no debe de temer nada.

La joven movió la cabeza en sentido negativo.

—No, no es eso —prestó atención a los ruidos que llegaban de la calle, pero todo seguía en silencio.

Miró el teléfono que estaba sobre el escritorio.

—Quiero comunicar con la policía.

—¿Con la policía, señorita?

—Sí, por favor.

—Creo que se lo ha tomado demasiado en serio. ¿Qué le hicieron...? ¿Intentaron raptarla?

—Llame a la policía. ¿O prefiere que lo haga yo?

—Muy bien, llamaré a la policía. —Marcó un número en el dial —. ¿Inspector Lemonière?... Aquí François, del hotel Lombardía. Perdona, inspector, pero se trata de una de mis clientes. Según parece, quiere presentarle una reclamación. —Hizo una señal a la joven, quien tomó el auricular.

—¿Inspector?

—La escucho. Diga usted.

—Se ha cometido un doble crimen en esta ciudad, inspector.

—¿Cómo? ¿Qué dice?

—Han matado a un hombre ante mis propios ojos y en otra casa he encontrado un cadáver, el de una mujer asesinada... Por favor, inspector, le ruego venga inmediata —mente.

—¿Cuál es su nombre?

—Wilma Hougron.

—¿Cuándo llegó a la ciudad?

—¿Es eso necesario ahora?... Inspector, no pueden perder el tiempo. Ya me hará las preguntas luego. Ahora lo importante es que se llegue aquí cuanto antes.

—Está bien, señorita Hougron; allá voy, aunque he de decirle que eso que cuenta, es muy extraño.

—No tarde, inspector... Se lo ruega.

Wilma colgó y dióse cuenta de que François la estaba observando con sus ojos saltones.

—¿Se encuentra bien, señorita Hougron?

—Perfectamente, quiero decir que sé lo que he dicho.

—Oh, muy bien. Pero dígame, ¿adónde fue cuando se marchó de

aquí?... Seguro que quiso probar el vino de Roselli. Le dijeron que era bueno y usted no quiso perderselo.

—¿Qué tontería está diciendo? François esbozó una sonrisa.

—Debieron advertirle que el vino de Roselli posee una alta graduación.

—No bebí una gota de su famoso vino Roselli. Le ruego que cuando venga el inspector le diga estoy esperando en mi habitación.

—Muy bien, señorita Hougron.

Wilma notó que en la voz de François había mucha sorna.

Al encontrarse arriba, ante su puerta, se detuvo al pensar que no sabía lo que podía hallar dentro.

Aprovechando su primera ausencia alguien había registrado su valija.

Más tarde abrió otra puerta en casa de Luchino para descubrir el cadáver de Lucy Satterfield.

¿Con qué se encontraría ahora?

Tragó saliva mientras introducía la llave en la cerradura. La hizo girar y quedó otra vez inmóvil después de producirse el chasquido.

Propinó un envión a la puerta y su mano dio la vuelta al conmutador. No, allí no había nadie y todo parecía en orden.

Encendió un cigarrillo y se puso a andar de una pared a otra, presa de un gran nerviosismo.

Habían transcurrido quince minutos cuando llamaron.

—¿Quién es? —preguntó Wilma.

—Inspector Lemonière.

Wilma dio la vuelta a la llave y, después de abrir, vio en el corredor a un hombre de unos cincuenta años, bajo de talla, rechoncho, de cabeza afechinada. Se cubría con traje oscuro y usaba corbata de lazo.

—Buenas noches, señorita Hougron.

—Perdone, inspector, ¿puede enseñarme su credencial? El visitante de la joven sonrió mientras sacaba la cartera. Wilma hizo la comprobación oportuna.

—Gracias, inspector.

—¿Puedo pasar ahora?

El inspector Lemonière sacó un cigarro del bolsillo superior y lo mordisqueó mientras observaba atentamente la bonita cara de la joven.

—De modo que quiere denunciar dos asesinatos...

—Sí.

—¿Quiénes son las víctimas?

—Un huésped de este hotel, Gustav Erickson. Fue acuchillado ante mis ojos.

—¿Por quién?

—Por un hombre que portaba una de esas máscaras, las que han servido para realizar la «Fiesta de los Hechizos».

—Entonces, no conoce usted la identidad del agresor.

—En absoluto, inspector. En cuanto a la otra víctima, es Lucy Satterfield.

—Oh, sí, la conozco, una gran señora muy amiga del señor Luchino.

—Me temo que tendrá que rectificar su opinión acerca de esa amistad, inspector.

—¿Usted cree?

—Descubrí a la señora Satterfield en el interior de una bañera. Estaba muerta y mi descubrimiento sobrevino justamente en casa del señor Luchino.

—Muy interesante.

—¿Por qué adopta esa actitud, inspector?

—¿A qué se refiere?

—Me da la impresión de que emplea el tono del hombre que está hablando con una persona con la razón extraviada.

—Discúlpeme, señorita Hougron. Es algo inevitable en mi oficio. Soy policía. Dice que el cadáver de la señora Satterfield se encuentra en la casa de Luchino. ¿Dónde está el de Gustav Erickson?

—No sé decirle. La última vez que lo vi estaba en una callejuela. Me resultará difícil orientarme. Tenga en cuenta que apenas llevo unas horas en la ciudad. Todas las calles me parecen iguales.

—Comprendo.

—¿Por qué se queda ahí? ¿Es que no va a hacer nada?

—Claro que sí, señorita Hougron. Venga conmigo. Bajaron la escalera.

—François —dijo el inspector—. ¿Tenías un huésped cuyo nombre era Gustav Erickson?

—Sí, inspector.

—Quisiera hablar con él.

—No puede, inspector.

—¿Por qué?

—Se marchó hace media hora. La joven saltó.

—¿Qué está usted diciendo, François? El señor Erickson no ha podido marcharse. Lo asesinaron hace más de media hora.

François sonrió.

—Es muy bromista, señorita Hougron. El señor Erickson salió de aquí por su propio pie poco antes de que usted llegase tan asustada.

—¡Está mintiendo!... ¡Se lo aseguro, inspector! ¡El señor Erickson fue asesinado cuando intentaba estrangularme!

—De modo que intentaba estrangularla —cabeceó el inspector—. ¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Desde cuándo el señor Erickson y usted eran amigos?

—No éramos amigos. Conocí al señor Erickson aquí minutos antes de que fuese asesinado.

El inspector se miró la punta de los zapatos y, al cabo de unos instantes, alzó otra vez los ojos.

—Oiga, señorita Hougron, ¿por qué no empieza a admitir que su historia es un poco descabellada? Confiesa que no conocía al señor Erickson, luego dice que él la quería estrangular y que un individuo que se cubría con una de las máscaras de la «Fiesta de los Hechizos» lo apuñaló.

—No soy una visionaria, inspector. Todo cuanto le acabo de relatar, ha ocurrido. Lemonière miró de soslayo a François, quien levantó el índice de la mano derecha y se golpeó en la sien.

Wilma vio aquel gesto y saltó más furiosa que nunca.

—¿Quién le paga, François? ¡Dígalos!

—Mi patrón, señorita Hougron. Vivo de un sueldo.

—Pero su patrón no es realmente el dueño de este hotel, sino la persona que le ha dado dinero para que mienta.

—No discutan —intervino el inspector—. No hay cosa que me altere más los nervios que oír altercados a mí alrededor... Oye, François, ¿qué procedimiento utilizó el señor Erickson para marcharse?

—Su coche, un «Citroën»

2-C.

V. La joven se enfrentó con el policía.

—¿Es que lo va a creer a él?

—Al parecer ustedes no se ponen de acuerdo respecto a Gustav Erickson. Haremos una visita al señor Luchino para hablar del otro cadáver, el de la señora Satterfield.

Poco después el inspector golpeaba con el aldabón la puerta de la casa de Luchino.

Wilma se encontraba a su lado.

Les abrió Pierre.

—Hola, Pierre, ¿está tu patrón?

—Desde luego, inspector. Pero duerme.

—Despiértalo.

—Perdone, pero el señor Luchino ha estado trabajando hasta hace un rato y acaba de acostarse. Dijo que no se le molestase por nada.

La joven apretó los dientes.

—¿Dónde ha trabajado el señor Luchino, Pierre?

—Aquí, en casa, señorita. En su biblioteca.

La joven fue a decir que también Pierre mentía, pero vio la mirada que le dirigía el inspector y comprendió que de nada le iba a servir.

—Anda, Pierre. —Insistió el inspector—. Me duelen los pies y quiero sentarme.

Subieron por la escalera, y el servidor los introdujo en la habitación iluminada por el candelabro de dos brazos.

Cuando Pierre hubo salido para despertar a Luchino, la Joven dijo:

—El cadáver de la señora Satterfield se encontraba en el otro lado de la casa.

—Muy bien.

—Me exaspera usted, inspector.

—Serénese, señorita Hougron. Marzano no es una gran ciudad. Nuestras costumbres son muy simples. Todo se hace despacio. Si permaneciese algún tiempo en Marzano se darla cuenta de que también llegamos a la meta.

—Permítame que lo dude, inspector.

—Se lo permito —sonrió Lemonière.

Se abrió una puerta y penetró en la estancia Luchino pasándose

la mano por el cabello.

Cubríase con un batín azul cuyo cordón parecía haber sido anudado precipitadamente.

—Buenas noches, inspector Lemonière... ¿Cómo sigue, señorita Hougron?

—Así que ustedes se conocen... —dijo el inspector.

—Tuve el honor de recibir en mi casa a la señorita Hougron —asintió Luchino—. Me fue recomendada por mi buena amiga Lucy Satterfield.

—¿Buena amiga? —exclamó la joven indignada—. ¿Cómo se atreve a llamar así a una mujer a la que ha asesinado?

Luigi frunció el ceño.

—¿Qué está diciendo, señorita Hougron?

—He visto a mucha gente con máscara en este pueblo y usted es una de ellas, señor Luigi.

—Jamás he participado en la «Fiesta de los Hechizos». Mis creencias no me lo permiten.

—Pero no le impiden asesinar. Mató a Lucy Satterfield y metió su cadáver en una bañera.

—¿Qué le ha ocurrido a esta joven, señor Lemonière? Le aseguro que cuando estuvo aquí esta tarde me pareció completamente normal.

La joven se dirigió resueltamente a la puerta.

—Sígame, inspector.

—¿Me permite, señor Luchino?

—Desde luego. Son usted dueños de mi casa.

Mientras cruzaba el corredor, Wilma tenía la impresión de que se ahogaba por dentro. No hacía falta que se acercase al macabro cuarto de baño para saber que no encontraría el cuerpo de Lucy. Naturalmente, lo habrían hecho desaparecer, pero al menos quedaría alguna huella. Obligaría al inspector Lemonière a que hiciese analizar los residuos de la bañera... El laboratorio le daría la razón, se demostraría que efectivamente, la bañera había contenido un cadáver.

Abrió de golpe la puerta tras la que había descubierto el cuerpo de su maestra, y vio asombrada una habitación con una cama, un armario y una mesilla de noche.

—¿Y bien? —Oyó a su espalda la voz del inspector.

—Lo han cambiado todo —dijo Wilma.

De pronto sus ojos se detuvieron en el lavabo, en aquel grifo que seguía goteando.

No, no estaba loca. Allí estaba la prueba de que en su anterior visita había visto la bañera conteniendo el cuerpo sin vida de Lucy Satterfield.

Pero se dio por vencida porque el inspector Lemonière no podría creerla.

Otra vez se volvía a repetir la historia. Ya le había ocurrido en Niza. Trató de convencer a la policía de que Lucy Satterfield había muerto, pero una hábil estratagema, una mujer que ocupaba el lugar de su maestra, había bastado para que ella misma llegase a la conclusión de que había sufrido un error. Pero ahora no podía tener ninguna duda. Lucy Satterfield había sido víctima de una terrible confabulación.

Estaba firmemente convencida de que había trabado relación con una pandilla de asesinos. Charles Satterfield, Jacques Besnard, Luchino, Pierre y hasta aquel hombre de los ojos saltones, el empleado del hotel Lombardía.

La voz de Luchino interrumpió sus pensamientos.

—¿Está ya satisfecha, señorita Hougron, o quiere registrar el resto de la casa? Observó la irónica sonrisa que esbozaban los labios del rubio.

—No es necesario, señor Luchino. ¿Me acompaña, inspector?

—Sí, señorita Hougron.

El inspector se excusó ante Luchino y poco después Wilma y el policía caminaban por la calle de regreso al hotel.

—¿Qué va a hacer, señorita Hougron?

—¿Por qué lo pregunta, inspector?

—No me gustaría que se produjesen nuevos incidentes.

—Le comprendo, pero no tiene que preocuparse. Me marcharé cuanto antes.

—¿Puedo preguntarle adónde?

—A Niza.

—Hay un tren que pasa por aquí en aquella dirección dentro de media hora.

—Es usted muy amable, inspector. Habían llegado ante la puerta del hotel.

—Me quedaré para acompañarla a la estación.

—Oh, no, inspector, muchas gracias, ya se ha tomado demasiadas molestias por mi culpa.

El inspector Lemonière sacudió la cabeza.

—Buen viaje, señorita Hougron.

En el escritorio no había nadie y subió la escalera.

Entró en su habitación y se las arregló como pudo para guardar su ropa en la valija. Cuando hubo concluido, abandonó el cuarto.

Salió a la calle y emprendió el camino de la estación que se encontraba a unos quince minutos del hotel.

Las calles estaban desiertas.

La taquilla estaba abierta, pero no había ningún viajero esperando. Compró el billete al anciano que los expendía y entró en la sala de espera donde no había nadie.

El silencio hacía daño a los oídos.

Ahora la querrían asesinar como a Lucy, por todos los medios. Estaba segura. Sin embargo, hasta ahora no había surgido ningún enemigo.

¿Por qué? Sólo podía existir una razón. No la podían matar en aquella ciudad. Sí, ella había alertado al inspector Lemonière. No querían correr ningún riesgo.

De pronto oyó ruido de pasos fuera.

No quiso quedarse en la sala de espera y se acercó a la puerta.

Dos hombres estaban ante la taquilla adquiriendo *su* billete. Los dos se volvieron lentamente y se la quedaron mirando.

Eran dos rostros graves, dos caras de facciones alargadas.

Wilma sintió sobre sí la mirada de aquellos hombres y no tuvo duda de que habían recibido una misión. La de matarla.

Tomó la valija y caminó hacia el andén.

Los dos hombres quedaron en el mismo lugar, cerca de la taquilla donde expendían los billetes.

Wilma dejó la valija en el suelo.

A lo lejos se oyó el pitido del tren. El suelo empezó a trepidar.

De pronto se dio cuenta de que los dos hombres se habían puesto en movimiento hacia donde ella se encontraba y sintió un escalofrío. ¿Y si ellos la arrojaban al paso del convoy?

Miró a un lado y a otro y finalmente al hueco donde se encontraba el anciano vendedor de billetes.

No, nadie podía verla y los dos hombres estaban llegando a su lado. El tren apareció por una curva.

Los dos hombres se detuvieron cerca de Wilma. El convoy avanzaba raudo.

Wilma no atrapó la valija y se movió hacia la izquierda.

De repente uno de los hombres, el más delgado, le cerró el paso. La máquina estaba llegando.

El hombre que tenía la mirada fija en el rostro de Wilma se adelantó hacia la muchacha.



Lanzó un grito mientras caía

Wilma fue a retroceder, y sus pies golpearon contra la valija. Lanzó un grito mientras caía. Se quedó en el borde del andén y justo en ese momento el convoy pasó por su lado sin tocarla.

Wilma se volvió bruscamente cuando vio que los dos hombres se alejaban hacia uno de los vagones, al que subieron.

Sintió que una mano la atrapaba por el brazo.

—¿Se ha hecho daño, señorita? —Era un empleado del tren.

—No, gracias.

—Debe tener más cuidado. Podría haber caído en la vía. Wilma tomó su valija entrando en el vagón más cercano. Sólo estaban ocupados la mitad de los asientos.

No quería viajar sola y sentóse junto a un hombre de cabello blanco y aspecto pacífico que leía un periódico.

Al cabo de unos instantes, el convoy se puso en marcha.

Wilma vio las débiles luces de Marzano correr por las ventanillas. Le producía tristeza abandonar la ciudad donde quedaba el cuerpo sin vida de Lucy Satterfield.

Estaba cansada y tenía sueño. Había sufrido demasiadas emociones durante las últimas horas.

Se estaba adormilando cuando alzó la cabeza bajo la impresión de que la estaban vigilando.

Miró a la portezuela y sintió que se le hacía un vacío en el estómago al ver al hombre que había al otro lado de los cristales. Era Luigi Luchino.

El rubio le dirigió una sonrisa al tiempo que hacía una inclinación con la cabeza. Wilma se repitió que habían dispuesto no llegase viva a Niza.

CAPÍTULO IX

El cansancio pudo más y se durmió apoyando la cabeza en el respaldo. Al cabo de un rato despertó bajo una extraña sensación.

Miró a su derecha y la sangre se le heló en las venas. Su compañero de viaje ya no era el hombre de cabello blanco y aspecto pacífico, sino el propio Luchino.

—¿Descansó bien, señorita Hougron?

—¿Qué hace aquí?

—Ya lo ve. Viajo.

La joven fue a levantarse para abandonar el asiento, pero Luchino la tomó por la mano.

—Quédese quieta. Ella lo miró a los ojos.

—¿Qué es lo que quiere, señor Luchino?

—Hablar con usted. —Luchino esbozó una sonrisa—. No debe tener miedo.

—No lo tengo.

—Magnífico, señorita Hougron. En tal caso, no huya.

La joven respiró profundamente y relajóse en el asiento.

Luchino apartó su mano, la introdujo en el bolsillo de la chaqueta y sacó una pitillera de oro.

—¿Fuma?

—No, gracias.

—Le aseguro que no están envenenados.

Luigi prendió el cigarrillo con la llama de un encendedor de gas. Después de arrojar una bocanada de humo inquirió:

—¿Podemos hablar de negocios?

—¿A qué negocios se refiere?

—Usted ya sabe que todo es cuestión de dinero.

—Sea más claro, señor Luchino.

—Cuando lleguemos a Niza la acompañaré al aeropuerto.

—No pienso ir al aeropuerto.

—Usted abandonará la ciudad. Tomará un avión.

—Vine a Europa para realizar un estudio y todavía ni siquiera lo inicié.

—No tiene que preocuparse por eso. Yo le enviaré el trabajo completo. ¿No lo recuerda? Soy el especialista número uno de arte etrusco y también debe tener en cuenta que quedé informado de las características de su estudio. Le aseguro que en su Universidad de California quedarán maravillados cuando usted lea su trabajo en la sesión académica.

—No me interesa.

—Esa monografía es una parte del precio. Habrá también dinero.

—Es mejor que se calle.

—¿Qué le parecen diez mil dólares?

Wilma vio en la plataforma a los dos hombres que la habían acosado en el andén de Marzano.

Su situación era muy delicada, lo era tanto que cometería un error si no trataba de engañar a Luigi Luchino.

—Aceptaré con una condición, señor Luchino.

—Me alegra mucho su respuesta.

—Quiero saber por qué mataron a Lucy Satterfield. Luchino permaneció pensativo unos instantes.

—Hay cosas que usted no puede conocer y ésta es una de ellas.

—¿Por qué?

—Alto secreto.

—Insisto en ello, señor Luchino.

—Usted es una bonita y hermosa joven. Tiene toda una vida por delante... Eligió muy mal momento para llegar a Europa. En otras circunstancias debería estar muerta. Se lo aseguro, señorita Hougron. Muerta.

—Lo imagino.

—Usted también es inteligente, de modo que debe darse por satisfecha. Abandonará Europa viva, respirando. Volverá a ver a sus amigos y encima de ello va a hacer uso de una magnífica monografía sobre arte etrusco y se llevará diez mil dólares. Es como si le hubiese tocado el primer premio de la tómbola... Decididamente es usted una chica muy afortunada, señorita

Hougron...

—Está bien. Deme el dinero.

—Ahora no.

—¿Cuándo me lo dará?

—Cuando vaya a tomar el avión.

—Estoy de acuerdo.

—La prevengo, señorita Hougron. Una vez que usted haya tomado ese avión, ha de olvidarse de toda la historia... Hágase cuenta de que todo lo ha soñado. ¿Está de acuerdo?

—Sí.

—Naturalmente, usted puede decir una cosa ahora y luego hacer otra, pero he de advertirle que sus palabras no servirán ya de nada. Usted no podría demostrar absolutamente ninguna de sus declaraciones. Además, si tratase de traicionarnos, nosotros le daríamos muy poco tiempo para que intentase jugárnosla. Le acompañó la suerte hasta ahora, pero tengo la impresión de que entonces le fallaría.

—No tiene que preocuparse, señor Luchino. Prefiero vivir.

Procuró dar a su voz un tono de firmeza, pero se preguntó si eso había bastado para que Luigi aceptase sus palabras. Creyó percibir en sus ojos un brillo de regocijo.

—No esperaba menos de usted, señorita Hougron. Y ahora, si me lo permite, voy a descabezar un sueño. Sinceramente, desde que usted empezó a intervenir en el asunto, me ha producido graves quebraderos.

Apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos.

Los otros dos hombres no se apartaban de la plataforma.

¿Qué podía hacer? —se preguntó Wilma—. ¿Ponerse a gritar? No, no serviría de nada. Los demás viajeros la tomarían por loca, y Luchino y sus cómplices, viéndose en peligro, acabarían con ella.

Podía estar tranquila a ese respecto. Lo había intentado todo. ¿Qué culpa tenía si el inspector Lemonière, de Marzano, no había tenido en cuenta sus acusaciones? Pero tampoco podía recriminar a la policía ya que, a través de sus dos requisitorias en el hotel y en casa de Luchino, no había encontrado prueba alguna para creerla.

Pero tampoco podía admitir que Luchino fuese a cumplir su palabra. Era absurdo eso de que fuese a darle diez mil dólares y un pasaje de avión.

No, no lo creía. Aquella gente no podía dejarla en libertad.

Se preguntó cómo podrían matarla. Para conducirla de la estación al aeropuerto utilizarían un coche. Naturalmente, Luchino iría con ella y también aquellos dos hombres... ¡Qué estúpida era! Nunca llegaría al aeropuerto.

No podía viajar en un coche en compañía de Luchino. La única solución para ella era intentar escapar cuando llegasen a la estación de Niza.

Encendió uno de sus cigarrillos. Ya no tenía sueño. Todo su cuerpo estaba en tensión. El tiempo fue transcurriendo lentamente.

Recordó escena por escena todo lo que había sucedido desde el momento en que llegó a Niza.

Comprendía muy pocas cosas acerca de los manejos de aquella gente. ¿Por qué todo aquello? ¿Qué pretendían?

El tren estaba llegando a Niza. Luchino sonrió a Wilma.

—¿Preparada, señorita Hougron?

—Sí.

—Nos espera un coche en el que viajaremos al aeropuerto. La joven fue a tomar su valija.

—No se preocupe —dijo Luchino—. Uno de mis hombres se encargará de su equipaje. Se pusieron en pie, y Luigi hizo una señal a los dos hombres que había en la plataforma.

Uno de ellos, el más alto, entró tomando la valija de la joven. El tren se detuvo y los viajeros empezaron a desembarcar.

Wilma pretendió pasar a Luchino, pero éste la detuvo por el brazo.

—Espere, señorita Hougron, yo iré primero.

No, Luchino no se fiaba y por ello no le quería conceder ninguna ventaja. Los dos hombres cerraron la marcha tras de la joven.

Luigi saltó del vagón y se volvió para ayudar a la joven.

De pronto ésta cayó sobre él soltándole un empujón en el pecho. Luchino se desplomó de espaldas en el andén.

Wilma estuvo a punto de gritar cuando una mano la alcanzaba por detrás, pero ya había saltado en el aire y sintió cómo la manga de su vestido se desgarraba.

Se abrió paso entre la gente.

Unas yardas más allá volvió la cabeza y vio que sólo uno de los hombres la perseguía. Salió de la estación y vio a un hombre que

estaba junto a un coche, a la espera de alguien.

Observó que la llave de contacto estaba puesta.

Wilma se introdujo en el coche y lo puso en marcha.

—¡Eh, usted! —Se puso a gritar el hombre, pero el vehículo ya estaba en movimiento. Estuvo a punto de arrollar al dueño que protestaba, pero hizo girar bruscamente el volante.

Poco después se podía considerar a salva No, nadie la seguía. Había estado afortunada en la elección del coche, porque era justamente un «Jaguar» de gran potencia.

Cuando se encontró lejos de la estación, aminoró la marcha.

¿Qué hacía ahora? ¿Acudir a la policía para contarles su historia?... Se reirían de ella. O peor aún, la encerrarían en un manicomio. Nadie la creería. Seguía como antes, sin poder presentar una sola prueba.

Estacionó el coche en una callejuela y se introdujo en un bar.

Por fortuna conservaba su bolso y en él un par de centenares de dólares.

Se sentó en una mesa y despachó un café con leche y tostadas mientras pensaba.

De pronto se le ocurrió una idea. Introdújose en la cabina telefónica y marcó en el dial el número de la casa de los Satterfield.

—Quiero hablar con el señor Satterfield —dijo al criado.

—Lo siento, pero el señor Satterfield no puede atenderla, señorita.

—Dígale Que soy Wilma Hougron y verá cómo puede. Le concedo un minuto. No llegó a cumplirse el minuto.

—¿Señorita Hougron? —Oyó la voz de Charles Satterfield.

—Sí.

—Es una auténtica sorpresa.

—Sus asesinos no lograron quitarme de en medio.

—¿Qué dice?... ¿Mis asesinos?... Señorita Hougron, cada vez me asombra usted más.

¿Por qué insiste en que estoy aliado con una pandilla de asesinos?

—No es necesario que continúe mostrándose con ese cinismo, señor Satterfield. Ahora lo sé todo. Tal como imaginaba, su esposa está muerta. Usted la mandó asesinar, ¿o quizá la mató por su propia mano?

—Señorita Hougron, dígame dónde se encuentra... Estoy dispuesto a pagarle los servicios del mejor siquiatra de Francia.

—Es un buen chiste, señor Satterfield, pero sólo le he llamado para decirle que estoy al corriente de todo y que esta misma tarde tendré la prueba de su crimen.

—¿Qué prueba?

—Hay un hombre de su pandilla que está dispuesto a confesar. Se encontrará conmigo a las cuatro en cierto lugar y entonces yo le acompañaré a la policía y él testimoniará mi acusación contra usted.

—¿Qué es usted, señorita Hougron? ¿Una chantajista?

—Sólo pretendo hacer justicia.

—Y ahora me va a decir que, a pesar de eso, está dispuesta a llegar a un acuerdo conmigo si le pago un buen precio.

—No, señor Satterfield. No admito componendas. Sólo me consideraré satisfecha cuando la justicia le haya hecho pagar sus delitos.

—Está loca, señorita Hougron. Loca de remate.

—Y sus cómplices también lo pagarán.

—¿Mis cómplices?

—Luchino y todos los demás.

—Sufre de manía persecutoria.

—Sí, señor Satterfield. Quizá sea esa mi enfermedad.

¿Sabe cuándo he empezado a sentir sus efectos?... Cuando vi a su mujer muerta.

—Oiga, muchacha, ¿recuerda usted que habló con ella? Vino acompañada por la policía a mi casa. ¿O es que padece también amnesia? Habló con mi esposa. Usted aseguró que había reconocido su voz.

—Sólo era una impostora, alguien que ocupaba su lugar en esa ciudad del mar Egeo, pero lo he descubierto, señor Satterfield. Está desenmascarado.

—Hasta ahora he tenido mucha paciencia con usted, señorita Hougron. No me obligue a tomar una determinación que la podría perjudicar mucho.

—Ande, amenáceme otra vez. Su gentuza me iba a matar y sé lo que harían conmigo si volviesen a atraparme...

De pronto Wilma sintió que la puerta de la cabina se abría a sus

espaldas. Fue a girar, pero una mano cubrió el micro y otra le tapó la boca.

—Cuelgue, señorita Hougron —dijo una voz.

Sus ojos observaron el rostro bronceado de Jacques Besnard.

CAPÍTULO X

—¡He dicho que cuelgue! —repitió Jacques.

Wilma dejó el auricular en la horquilla y el joven le apartó la mano de la boca.

—Ya entiendo, el señor Satterfield me entretenía mientras usted localizaba la llamada.

—¿De qué está hablando?

—Usted es otro de la pandilla.

—Es muy lista.

—¿Qué procedimiento va a utilizar para liquidarme? ¿El cuchillo?, ¿la pistola? Jacques le puso la diestra en el cuello.

Ella no hizo ningún gesto para detenerlo.

—El sueco estuvo a punto de estrangularla.

—Se refiere a Gustav Erickson.

—Sí.

—Un rival suyo, ¿verdad, señor Besnard?

—Efectivamente, un rival mío.

—Usted trabaja para Satterfield, y Erickson formaba parte de otra pandilla.

—Ha de venir conmigo, señorita Hougron.

—¿Adónde?

—No haga preguntas.

—¡Oh, sí claro, lo olvidaba! Una prisionera no tiene derecho a conocer su suerte.

Jacques la tomó del brazo y ambos salieron de la cabina. El propio Besnard pagó el importe de la consumición y salieron a la calle.

—¿Quiere que viajemos en mi «Jaguar»? —dijo Wilma, señalando el coche.

—No es suyo. Lo robó.

—Lamento mucho haberlo hecho. Su compañero Luchino recibirá una reprimenda por ello... ¡Cuánto lamento que vaya a pasar un mal rato por mi culpa!

Besnard la llevó hasta un coche negro, ocuparon el asiento delantero, y Jacques puso en marcha el vehículo.

—¿Me lleva a la Ensenada de las Gaviotas?

—Me gustaría ir allí con usted.

—Es un buen sitio, no tendrá testigos.

—No, eso es cierto. Resulta un lugar ideal para que usted y yo decidamos acerca del futuro.

De pronto Wilma abrió la portezuela para saltar, pero Jacques la atrapó por el brazo. El coche subía por una empinada cuesta.

—¡Cierre! ¿Es que quiere matarse?

—¿No es eso lo que todos ustedes desean? Besnard logró cerrar la portezuela.

—No haga más tonterías.

—Ha debido dejarme. Así habría descansado.

—Usted es un elemento demasiado precioso para dejarla morir.

—Oh, sí. Podría haber quedado herida y hablar en el hospital.

—Hay cosas que no se pueden divulgar.

—Por ejemplo, que son ustedes unos asesinos. Jacques encanuló los labios y se puso a silbar.

—¿Qué hace ahora?

—Ya lo ve. Silbo una canción.

—Es usted un miserable.

Jacques introdujo el coche por un portón que estaba abierto.

Wilma se dio cuenta de que aquélla no era la residencia de los Satterfield. El jardín estaba muy descuidado, con los paseos llenos de hojas.

Jacques estacionó al pie de una escalinata. Algunos peldaños estaban partidos.

La casa era de piedra y había sido construida cien años atrás. Algunas persianas aparecían rotas.

—Ya entiendo —dijo Wilma—. Aquí no hay nadie, es tan buen lugar como la Ensenada de las Gaviotas.

Besnard saltó del coche y abrió la portezuela del lado de Wilma para ayudarla a bajar.

—Puedo valerme por mí misma.

Jacques le hizo una señal para que subiese por la escalera. Arriba, Jacques pulsó un botón.

La puerta fue abierta por un hombre de talla mediana cubierto con un sombrero que se echaba sobre la nuca. Miró a la joven y dijo:

—Buena pesca.

—No estuvo nial.

—¿Dónde la enganchaste?

—Es una cabina telefónica.

—Se lo he dicho muchas veces a Dick. La de sorpresas que se puede encontrar uno en una cabina...

—¿Está el Mago arriba?

—Sí, y nunca lo vi cómo hoy. Está de un humor de perros. Subieron por una escalera central, y Besnard llamó a una puerta.

—¡Pase! —dijo una voz agria.

Besnard abrió y los dos jóvenes entraron en la estancia.

Wilma vio a un hombre de unos cincuenta años. Estaba junto a una ventana con las manos a la espalda y era de cabello canoso y frente ancha.

—Buenos días, señor Levington —saludó Jacques.

—¿Dónde infiernos te has metido?

—Pasé por la Sección Z.

—¿Era tu turno?

—No.

—¿Cuántas veces he de decirte que cada hombre ha de limitarse a realizar su misión?

—¿Cuál es la que se te asignó?

—Operación Guillotina.

—Magnífico. Operación Guillotina, pero todas las cabezas están sobre los hombros. Ni una sola ha caído.

—Le traigo la primera. —Jacques señaló a Wilma.

El llamado Levington observó a la joven.

—Era lo que se podía esperar de ti, Jacques. No sé cómo te las arreglas, pero siempre acabas por traerme a una mujer.

—Ésta es especial, jefe.

—Todas son especiales para ti. —Levington tosió suavemente—, pero he de reconocer que en este caso concreto tienes razón. Joven

y bonita.

—Y con una linda cabeza, señor Levington.

—¿Por qué la has traído?

—Se ha convertido en la principal pieza de la combinación.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Gracias a ella hemos avanzado más en los dos últimos días que en una semana. Se llegó a Niza para hacer una visita a su antigua maestra, la señora Satterfield... Decidí aprovecharme de la coyuntura y monté un tinglado a su alrededor.

La joven hizo un gesto de sorpresa.

—¿Qué está diciendo, señor Besnard?

—Yo pagué al botones que cruzó el comedor del hotel llamando en voz alta a la señora Satterfield.

—¿Eh?

—La mujer que se hizo pasar por Lucy Satterfield en la terraza también formaba parte de la combinación.

—Pero ¿por qué hizo todo eso?

—Necesitaba que usted se pusiese en marcha, que usted fuese a la casa de Charles Satterfield para acusarlo.

—No comprendo una palabra.

—Lo comprenderá enseguida, señorita Hougron. Mi nombre no es Jacques Besnard sino Kent Greene, y soy americano, agente del FBI.

—¡Lo estás estropeando todo! —gritó Levington con voz ronca—. Kent, te prohíbo que continúes hablando. ¿Es que has perdido la cabeza? ¿Por qué le estás contando eso?

—Perdone, señor Levington, pero en la actual situación de las cosas lo creo necesario.

—¿Por qué, agente?

—Esta mujer ha estado varias veces en peligro de morir y yo he sido el responsable.

—Explícame eso.

—Cuando la señorita Hougron llegó a Niza y fue informada de que la señora Satterfield se encontraba de viaje por el mar Egeo, lo dio por bueno. Para ella no existía ninguna duda de que le habían dicho la verdad. El operador que interfería en aquel momento el teléfono de Satterfield me informó de la aparición de esta muchacha y de lo que había hablado. Fue entonces cuando se me ocurrió

montar el tinglado que mencioné antes. Quise despertar sus sospechas haciendo representar una comedia. Nuestro agente auxiliar, la señorita Forbes, fue durante unos minutos la señora Satterfield.

Wilma atrapó a Kent por el brazo y lo hizo girar bruscamente.

—De modo que me ha utilizado como un conejillo de indias.

—Sí, Wilma.

—Y ahora dice que lo siente.

—No lo volvería a hacer, se lo aseguro.

—Estuvieron a punto de matarme en la ensenada cuando aquel hombre disparó el rifle.

—No, Wilma. No podían matarla. Aquel hombre es Cornell Morgan, nuestro mejor tirador.

—¿Quiere decir que el hombre que disparó el rifle es otro agente?

—Sí. Wilma. Tenía orden de no dar en el blanco. Sólo pretendíamos lanzarla sobre Satterfield.

—No sé cómo me contengo... ¿Y el conductor que intentó atropellarme en la carretera?

—Eso fue anterior a lo del rifle y no tuve nada que ver. Realmente, aquel hombre intentó asesinarla.

—Naturalmente, el desconocido del teléfono que me dijo que la señora Satterfield no se encontraba en el mar Egeo era un compañero de ustedes...

—Sí.

—¿Y qué pasó con Marzano? ¿Me dejaron a mi propia suerte?

—No. Y la prueba está que anduve listo cuando el sueco trató de asesinarla.

—¿Fue usted quien lo acuchilló?

—Estaba muy feo con aquella máscara, ¿verdad?

—¡Greene! —rugió Levington—. ¿Desde cuándo te he autorizado a que des conocimientos de tus pasos a una persona extraña al servicio?

—Perdone, jefe, pero no creo que debamos considerar a la señorita Hougron como a una extraña. Se trata de una compatriota nuestra y nos ha prestado una valiosa ayuda.

—Soy yo quien debe considerar cuándo se deben dar las explicaciones.

—Muy bien, jefe.

—No le expliques nada más.

—Como usted quiera.

—¡Eh! —gritó Wilma—. Tengo derecho a saberlo todo. ¿Qué clase de lío es éste?

—Lo siento, señorita Hougron —repuso Levington.

—¿Quién mató a la señora Satterfield? ¿Por qué la asesinaron? ¿Qué relación existe entre Luigi Luchino y Charles Satterfield?

Reinó un silencio después de las preguntas.

La joven permaneció un rato mirando a Levington. Finalmente se dirigió al joven.

—Dígamelo usted.

—No puedo. Ya lo oyó. El jefe ha prohibido que le dé otra explicación.

—Muy bien. Ahí se quedan ustedes.

Wilma abrió de un tirón la puerta, pero se quedó quieta al ver al otro lado al hombre del sombrero sobre la nuca.

—No puede marcharse, pequeña. El que entra, aquí se queda. La joven entró de nuevo en la habitación.

—Señor Levington, soy ciudadana americana, pago mis impuestos y tengo derecho a ser protegida dentro y fuera de mi país.

—Convengo en ello, señorita Hougron.

—En tal caso, ordene a este hombre que me deje salir de la casa.

—Lo siento, señorita Hougron, pero no puedo hacer tal cosa.

—¿Por qué no?

—Los derechos de cada ciudadano tienen un límite, la propia seguridad de nuestra nación, y es justamente lo que está en juego. No tengo más remedio que pedirle que se quede.

—¡Y yo no quiero quedarme!

—Entonces lo hará por la fuerza... Kent, enciérrala en una de las habitaciones.

—Sí, señor.

Kent se acercó a la joven.

—No me gustaría que pusiese dificultades.

—Usted... —La joven fue a agregar algo, pero finalmente se decidió a cerrar la boca de una dentellada.

Kent trató de asirla por el brazo, más ella se retiró.

—¡No quiero que me toque! Kent la condujo a una habitación.

—Wilma, comprendo que me guarde rencor.

—Si lo comprende, sobran las palabras. Ande, márchese. No quiero verlo.

—Cuando todo haya terminado le presentaré nuevamente mis excusas.

—¡No le crearé una sola palabra!

—Se trata de un asunto muy importante, Wilma. Levington ha dicho que no se lo dijese, pero sinceramente, creo que tiene derecho. Al fin y al cabo, se quedará aquí encerrada.

Entre los dos jóvenes hubo una pausa.

—¿Me va a decir de qué asunto se trata?

—Sí. Intentan raptar al presidente. La joven tragó saliva.

—¿Se refiere al presidente de Estados Unidos?

—Sí, Wilma. El presidente está a punto de llegar a Europa. Aprovecharán el viaje para raptarle.

—¿Cómo lo han sabido?

—Gracias a Lucy Satterfield. Nos hizo llegar un mensaje antes de ser asesinada.

—¿Cómo ocurrieron las cosas?

—Hemos de deducirlas porque todavía no hemos podido probarlo. Charles Satterfield es uno de los jefes de la banda. Lucy debió sorprender una conversación entre su esposo y alguno de los miembros del comando encargado del rapto del presidente... Lucy Satterfield hizo una llamada a nuestra Embajada en París pero, justamente cuando estaba diciendo que iban a matar al presidente, la comunicación se interrumpió. Está claro que fue sorprendida y quizá en aquel mismo momento encontró la muerte. El FBI, informado por nuestra Embajada, quiso hacer las comprobaciones oportunas y me enviaron a mí. Fui informado de que el matrimonio Satterfield había salido hacia Grecia para realizar un crucero de recreo invitado por unos amigos. Existían muchas posibilidades de que la señora Satterfield hubiese sido asesinada. Otro de nuestros agentes se llegó a Grecia, pero en ningún momento pudo ponerse en contacto con la supuesta señora Satterfield porque ella estaba en el yate donde hacían el crucero. Llegamos a la conclusión de que, en el caso de que la señora Satterfield estuviese muerta, los complicados no tenían más remedio que cubrir las apariencias. En

tal caso, una falsa señora Satterfield acompañaba a Charles. Empezamos a indagar sobre la vida de Charles Satterfield y conocimos la amistad que unía al matrimonio con Luigi Luchino, profesor de Historia. Para nosotros existían dos problemas: en primer lugar el descubrimiento del cadáver de la señora Satterfield, que nos confirmaría de una vez por todas la realidad del informe recibido en la Embajada de París; en segundo lugar no nos bastaba con tener a Charles Satterfield y a las personas relacionadas con él, ya que imaginamos que el comando encargado del secuestro del presidente obraría con completa independencia. Para nosotros lo más importante consistía en saber cómo va a operar ése comando, en qué momento va a asestar su golpe.

—Yo les puedo ayudar en una de las cuestiones. El cadáver de Lucy está en Marzano, en casa de Luchino. Lo tenía conservado en una bañera.

—Tanino.

—¿Qué?

—Está claro, lo han conservado en tanino con el objeto de hacerlo aparecer en el momento más conveniente para ellos. El tanino evita la putrefacción de los cadáveres.

—¿Por qué quisieron enviarme a Marzano?

—Teníamos fundadas sospechas acerca de Luigi. Existían pésimos antecedentes suyos antes de la guerra, y durante la conflagración no habíamos logrado saber nada de él, ni siquiera en qué país permaneció hasta el año 1947, en que reapareció en Roma. Allí dio clases como profesor de Historia. Luego marchó a Turín y finalmente a Marzano.

—¿Qué papel desempeñaba el sueco?

—Hoy día hay miles de personas dedicadas al espionaje. Existen en todas partes bandas que no trabajan para un país determinado. También teníamos fichados a ese sueco cuyo nombre no era Gustav Erickson sino Ingmar Stroghom. El sueco debía saber a qué se dedicaba Luigi y quería sacar partido. Con toda seguridad la confundió a usted con un miembro de la pandilla de Luchino.

—Entonces, ¿no saben todavía nada acerca del comando que ha de raptar al presidente?

—Estamos como el primer día.

CAPÍTULO XI

Luigi Luchino apretó el timbre de la puerta que tenía delante. Se abrió una mirilla y aparecieron unos ojos al otro lado.

—¿Qué quiere? —preguntó una voz.

—Corfú —dijo la consigna. La mirilla se cerró otra vez.

Luchino oyó cómo despasaban a la otra parte la cadena. Abrióse la puerta y se coló en el departamento.

El hombre que estaba de guardia cerró, pasando otra vez la cadena. Era un tipo de mediana estatura, rollizo, de nariz chata y cabeza rapada.

—Soy Luigi Luchino.

—Mike Corly.

Los dos hombres cambiaron un apretón.

—¿Dónde está Charles?

—Segunda habitación.

Luchino caminó hacia la puerta que el otro le había señalado. Hizo girar el tirador y pasó dentro.

De pronto algo chocó contra su cabeza y le hizo caer en el suelo lanzando un gemido. Se dijo que no podía ceder la ventaja adquirida.

La puntera de un pie se le clavó en el riñón y se encogió hecho un ovillo. Luego lo volvieron a golpear junto a una oreja.

—Ya basta, muchachos —dijo una voz.

—Déjeme que le arranque la piel, jefe.

—No. Tengo que hablar con Luchino.

Luigi se puso en pie. Estaba aturdido, pero al fin pudo enfocar las imágenes.

Vio a Charles Satterfield sentado en un sillón. Alrededor de una mesa había otros cuatro hombres.

El tipo que lo había golpeado estaba junto a la puerta. Era un gigantón de casi dos metros, fuerte como un roble. Manejaba con la diestra un trozo de tubería.

—Maldita sea —exclamó Luchino—. ¿Qué significa esto?

—Significa que eres un traidor —repuso Satterfield.

—No te comprendo. ¿Qué tienes contra mí?

—La muchacha.

—Está bien, se me escapó, pero también se os escapó a vosotros y teníais todas las ventajas.

—Fue a parar a tus propias manos en ese pueblo de mala muerte.

—Precisamente porque se trataba de un pueblo pequeño tenía que adoptar todas las precauciones. ¿Qué queríais? ¿Que se supiese que había muerto en mi casa?

—Cuando me llamaste por teléfono para decirme que se *te* había escapado de las manos después de haber hecho el viaje juntos, sentí deseos de ordenar que te abriesen en canal.

—Le puede pasar a cualquiera, Charles.

—Te advertí que en este asunto no podía haber ningún fallo.

—No se ha cometido ningún error irreparable.

—¿Tú crees?

—Todo está en orden. La operación se puede llevar a cabo perfectamente.

—Esa chica me llamó por teléfono y me amenazó.

—¿Qué clase de amenaza? ¿Te dijo que se lo iba a contar a la policía? —Luchino rió, pero no con muchas ganas porque todavía se resentía del golpe recibido—. Ya ha hecho dos veces el ridículo. Nadie le hará caso.

—¿Por qué le dejaste ver el cadáver?

—Fue una pura casualidad. Yo había bajado al sótano en busca de más tanino y Pierre había salido un momento a casa de su hermana y se dejó la puerta abierta. ¿Quién iba a suponer que ella iba a llegar en aquel momento...?

—Me dijo que uno de vosotros se iba a ir de la lengua.

—¿Eh?

—Ese traidor la acompañaría a la policía.

—Y tú has pensado que era yo.

—Has llegado a la reunión con media hora de retraso. ¿Qué

querías que pensase?

—Pero, Charles, ¿cómo puedes dudar de mí...? Estoy embarcado en esto hace mucho tiempo... Fue a mí a quien se le ocurrió la idea.

—Quizá haga mal en creerte, pero te concederé un poco más de crédito. Uno de los que asistían a la reunión saltó:

—Protesto, Charles.

—¿Qué pasa, Heinz?

—Quedamos en que para realizar un trabajo como éste no debía existir ninguna filtración.

—Sí, fue la primera norma que establecimos.

—Ha sido quebrantada por Luigi.

—Anda, Heinz, sigue acusándome —gritó Luchino—. Siempre me has odiado. Desde hace diez años estás esperando la oportunidad para quitarme de en medio. Quieres ocupar mi puesto, ¿verdad?

Heinz, un tipo de ojos acuosos, que miraban con frialdad, sonrió haciendo una mueca.

—Nunca me fié de ti, Luigi. Siempre dije que algún día nos traicionarías y no me he equivocado.

—¡Maldito perro!

Luigi se lanzó sobre Heinz, pero el hombre que tenía la barra de plomo le descargó un golpe en la clavícula.

Luchino se desplomó nuevamente lanzando un aullido de dolor.

—Rómpele la cabeza —gritó Heinz. El grandullón alzó el brazo armado.

—¡Quieto! —ordenó Charles.

El gigantón detuvo el movimiento de su brazo, que ya había empezado a descender sobre Luigi.

Luchino se puso en pie nuevamente. Su rostro estaba lleno de sudor. Se frotó la clavícula donde había recibido el golpe.

—Esto me lo vas a pagar, Heinz.

—¡Basta ya! —gritó Charles—. Tengo que comunicaros importantes noticias. Se hizo un silencio en la estancia y todos miraron a Satterfield con expectación.

—El avión que es nuestro objetivo hará escala en el aeropuerto.

—¿Cuándo? —inquirió Heinz.

—Esta madrugada.

—¿Hora?

—Cuatro.

—¿Dónde está el grupo que ha de actuar? —preguntó Luchino.

—No lo sabrá nadie.

—¿Por qué no?

—Porque no se lo diré a nadie. Es cuestión mía.

—Sigues pensando que soy un traidor.

—Sí, Luchino.

Luigi fue a decir algo, pero guardó silencio apretando los maxilares. Charles Satterfield se puso en pie y caminó hacia una puerta.

—Sólo quiero que veáis la sorpresa.

Todos se volvieron hacia la puerta, y Charles abrió.

—Pase, presidente —dijo.

Se oyeron pasos, y todos miraren asombrados al hombre que aparecía en el hueco. Era el perfecto doble del presidente de Estados Unidos.

Heinz Schiller se echó a reír.

—Es lo más maravilloso que he visto en mi vida. Hasta el propio presidente creería que se encuentra ante un espejo.

Satterfield sonrió satisfecho.

—Éste será el hombre que se siente ante la mesa circular de Viena. Éste será el hombre que representará a Estados Unidos de América. Pero, naturalmente, para que eso ocurra, hemos de secuestrar al verdadero presidente. Caballeros, puedo decirles que el secuestro tendrá lugar esta madrugada.

—¿Cómo va a ocurrir? —preguntó Heinz. Charles Satterfield entornó los ojos.

—Permitidme que también respecto a eso guarde silencio.

CAPÍTULO XII

Allan, el agente del FBI, que portaba el sombrero sobre la nuca, abrió la puerta a Greene.

—Eh, chico, ¿qué traes ahí? Kent mostró en alto el paquete.

—Una bomba de mano.

—¿Desde cuándo venden las bombas de mano en las pastelerías...? Ya entiendo, es para la chica. Te dio en la parte más blanda.

Kent le tiró la zurda a la cara, pero Allan lo burló con un quiebro y se echó a reír.

—¿Está el jefe? —preguntó Kent.

—Moviéndose de un lado a otro como un perro pastor.

—Ten cuidado y procura que no te oiga, porque te dejará cesante.

—Ya estuvo a punto de mordirme un par de veces, pero soy un chico que se las sabe componer muy bien.

—¿Quién guarda a la chica?

—Sullivan.

Kent subió la escalera e hizo un saludo a Sullivan, que estaba sentado en una silla, apoyado el respaldo en la puerta de la habitación donde Wilma se encontraba encerrada.

Llamó en la estancia donde estaba Levington y éste le autorizó la entrada.

—¿Algo nuevo, jefe? —preguntó Kent.

—Muy poco, salvo que el presidente llegará esta madrugada.

—¡Qué hermoso...!

—No tiene ninguna gracia.

—Bueno, han sido tomadas todas las medidas, ¿no?

—Las mismas medidas de siempre, naturalmente. Pero ¿de qué

vale eso cuando existe un plan especial?

Kent se rascó el cogote.

—Bueno, ¿qué está esperando?

—Hay quince agentes destinados a ese trabajo y hasta ahora ninguno me trajo noticias. Mejor dicho, sólo uno se llegó aquí para contarme que se le había ocurrido una luminosa idea, introducir a una mujer en el caso.

Kent bajó la mirada al suelo.

—No me negará que al menos ha servido para comprobar muchas cosas.

—Me importa un rábano que se comprobasen o no cuando ni siquiera sabemos quiénes son los tipos que van a dar ese golpe.

—Conocemos al cerebro.

—Sí, lo conocemos y lo tenemos bajo vigilancia, pero él no formará parte del comando.

—¿Cuáles son sus instrucciones?

—Tú te quedarás en el sótano donde hacemos las interferencias.

—De acuerdo.

—Lárgate ya.

—Sí, señor.

—Sin pasar por la habitación de ahí al lado.

—Sólo será un minuto, jefe.

—Me río yo de tus minutos.

—Gracias, jefe —sonrió Kent. Y salió de la estancia—. Quítate de en medio, muchacho —dijo al agente, que estaba sentado en la silla.

Sullivan se estaba limando las uñas y quedó donde estaba. Kent pasó un pie por debajo de la pata de la silla y tiró fuerte. La silla y Sullivan se vinieron abajo.

Entonces Kent abrió la puerta y entró en la habitación.

No llegó a dar más que un paso al ver que la estancia estaba vacía.

—¡Wilma!

Corrió hacia la ventana abierta y asomóse por ella.

Un poco más allá había una enredadera. La muchacha sólo había tenido que arriesgarse un par de yardas sujetándose a una canal de desagüe.

—¿Qué pasa, Kent? —inquirió Sullivan.

—Qué gran centinela eres tú... Se escapó ante tus propias narices.

—No oí ningún ruido.

—¿Qué esperabas? ¿Que te anunciase que se iba? —Le arrojó el paquete de pasteles sobre el pecho—. Toma, para tu novia.

Kent echó a correr por el corredor y poco después abandonaba la casa.

Charles Satterfield salió del pasadizo seguido de Heinz y de Luchino.

—¿No sería mejor que nos quedásemos? —dijo Luchino.

—El muchacho tiene miedo —rió Heinz.

—Es absurdo que nos arriesguemos cuando podemos esperar tranquilamente el desarrollo de los acontecimientos.

Charles Satterfield dirigió una mirada al coche negro que había estacionado bajo los árboles.

—No corremos ningún peligro. Aunque estuviésemos vigilados, nadie conoce esta salida. Quiero ser testigo del secuestro más sensacional de todos los tiempos.

Ocupó el asiento delantero junto a Luchino, y Heinz se sentó ante el volante. El profesor de Historia gruñó cuando el coche se puso en movimiento.

—He aprendido varias cosas en la vida y una de ellas es la de permanecer lo más alejado posible de los conflictos.

—Eres un hombre vulgar, Luchino.

—Soy un hombre práctico. No debiste matar a tu mujer, Charles.

—¿Por qué no? Nos iba a vender.

—Le debiste dejar sin conocimiento.

—Era insoportable.

—¿Por qué te casaste con ella, entonces?

—Me gustó cuando la conocí, pero luego fui descubriendo aspectos en Lucy que no me gustaban.

—Sigo pensando que fue un error matarla.

—Tú y tu maldita conciencia. ¿Quieres callar de una vez?

Heinz rió desde la parte del volante.

—Ya te lo dije, Charles. Luchino se ha ablandado mucho. No es el mismo que hace unos años...

—Y por eso debo ser eliminado, ¿verdad, Heinz?

—No quiero que empecéis a pelear de nuevo —intervino

Charles. Durante un rato reinó el silencio en el interior del coche.

—Eh, Charles —dijo de pronto Heinz—. Nos siguen.

Luchino fue a volver la cabeza, pero Charles lo evitó atrapándole el brazo.

—Estate quieto.

—¿Es que no lo has oído? Nos siguen.

—Lo he oído perfectamente, no soy sordo, Luigi —hizo una pausa—. ¿Puedes ver quién es, Heinz?

—Disminuiré la velocidad a la salida de la próxima curva para permitir que se acerque.

Transcurrieron cinco minutos. Heinz tomó la curva y enseguida aplicó el pie sobre el pedal del freno.

El otro coche apareció poco después.

—Es un taxi y dentro va una chica. Satterfield sonrió.

—Imagino quién es nuestra encantadora seguidora. Anda, Luchino, tienes autorización para mirar.

Luigi observó por la ventanilla trasera.

—Es ella, Wilma Hougron.

—Esa chica está en todas partes —rió Charles—. La esperaremos en el próximo recodo.

—Sé algo mejor —intervino Luchino—. ¿Por qué no nos volvemos? No tenemos ninguna necesidad de ir al aeropuerto.

—Estoy cansado de oír tus monsergas.

Al cabo de un rato llegaron a la siguiente curva.

Heinz frenó bruscamente, colocando el coche de través.

El taxi se precipitó sobre ellos, y el conductor frenó bruscamente.

Para ese entonces Heinz ya tenía la pistola en la mano y abrió la portezuela del taxi, introduciendo el arma.

—Muchacho, lleva el coche fuera de la pista.

—Sí, señor —dijo el taxista asustado. Wilma hizo un gesto de firmeza.

—Eh, ¿quién es usted?

—Un saltador, Wilma. ¿Tienes bastante con eso? A obedecer, chico. El taxista llevó el coche fuera de la carretera.

Heinz sacó un silenciador, que puso en la pistola, e inmediatamente disparó.

El taxista recibió el balazo en el pecho y resbaló del asiento

cayendo bajo el volante. Wilma lanzó un grito.

—¿Qué ha hecho, asesino?

—Anda, nena, ven, quiero presentarte a unos amigos.

La joven descendió del coche, y Heinz la llevó al otro en que se encontraban Charles Satterfield y Luchino.

—¡Qué sorpresa, señorita Hougron...! —dijo Satterfield.

Heinz empujó a la joven para que se sentara junto a Charles y ocupó de nuevo el volante.

Wilma miró con rabia al esposo de Lucy.

—Sé por qué mató a Lucy.

—¿Por qué, señorita Hougron?

—Su esposa descubrió la clase de tipo que usted era, un espía. Había planeado secuestrar nada menos que al presidente de Estados Unidos.

Heinz había puesto en marcha el vehículo, pero de pronto frenó y se volvió con la pistola en la mano.

—Apártate, Charles. La mataré.

—No, Heinz, no te pongas nervioso. Me mancharías.

—Ella está al corriente de nuestro plan.

—¿Y qué? ¿Puede hacer algo por evitarlo? Anda, continuemos el viaje o nos perderemos el gran acontecimiento.

Heinz volvió a guardar la pistola y reanudó la marcha.

Luchino sacó un pañuelo con el que se enjugó el sudor de la cara.

—Nada de esto habría ocurrido si no hubiesen matado a Lucy, Charles.

—Y ahora se han vuelto a manchar las manos de sangre —dijo Wilma—. Han disparado contra ese pobre taxista.

—Si usted no nos hubiese seguido, el taxista seguiría viviendo.

—¡Qué buena justificación, señor Satterfield! Apuesto a que por ese procedimiento también encontrará razonable el asesinato de su mujer.

—Sí, señorita Hougron. Tengo buenas razones.

—Usted es un hombre rico.

—Ya salió el dinero. ¿Por qué todo el mundo cree que con el dinero basta? Se equivoca, señorita Hougron. Yo no tengo bastante con el dinero, necesito el mando, el poder, ¿se da cuenta?

—Sí, me voy dando cuenta de que esté chiflado, Satterfield rió a

golpes.

—Ese poder lo tendré, señorita Hougron.

—¿Cuándo?

—Muy pronto.

—Le puedo adivinar el momento. Mandará sobre un grupo de diablos cuando se encuentre entre las llamas del infierno.

—Sabe decir cosas muy bonitas, señorita Hougron. He de responderle una cosa: me ha gustado usted mucho. Y cada vez que la encuentro me gusta más.

Luchino dejó oír su voz preocupada:

—¿Por qué no le preguntas cómo se ha enterado de nuestro plan? Creo que eso es importante.

—¿Cómo lo ha sabido, señorita Hougron?

—No pienso decírselo.

—¡Tiene que decirlo! —gritó Luchino.

Charles se echó sobre la joven, y ella trató de golpearle en la cara, pero él la tomó por la muñeca y le llevó el brazo a la espalda.

La joven se inclinó lanzando un gemido.

—Cuidado, jefe —dijo Heinz—. Estamos llegando. Se veían luces a derecha e izquierda.

Wilma alzó la cara para gritar, pero en ese momento el puño izquierdo de Charles le golpeó en el mentón y la joven perdió el conocimiento.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo Luchino.

—Tú te quedarás con ella mientras Heinz y yo nos damos una vuelta.

—¿Cuánto tardaréis?

—No más de quince minutos. Si se despierta le golpeas con la pistola. Heinz estacionó el coche junto a una pared medio derruida.

Luego Charles y Heinz saltaron del coche y se encaminaron hacia el aeropuerto.

—Bueno, ahora estamos solos —dijo Heinz—. ¿En qué consiste el plan?

—Me basé en algo muy sencillo. Cuando un alto político llega a un aeropuerto le reservan en un ala del edificio unas habitaciones especiales para que permanezca en ellas durante el tiempo en que su aparato es revisado o reponen el combustible. Todo consistía, pues, en tener acceso a esas habitaciones. Ése ha sido el encargo

especial del comando. Habilitar un acceso al lugar donde va a permanecer durante cuarenta y cinco minutos el presidente de Estados Unidos.

—¿Cómo han conseguido el acceso?

—Por medio de un subterráneo. Sólo han tenido que cavar unos quince metros. Todo ha salido bien porque el trabajo ha sido desarrollado por supuestos empleados del aeropuerto. Para ello ha sido necesario falsificar los documentos de identidad, pero toda nuestra organización ha funcionado perfectamente.

—¿Dónde está el doble?

—A estas horas con los demás, en el subterráneo.

—Tal como lo explicas no puede haber ningún fallo.

—No. Heinz. No lo puede haber.

CAPÍTULO XIII

Kent hacía correr el coche a una velocidad superior a las setenta millas hacia el aeropuerto.

De pronto vio un hombre en la carretera y aplicó el pie en el pedal del freno.

Saltó del coche y retrocedió hasta donde se encontraba el hombre tendido en el suelo.

Estaba malherido, agonizando.

—¿Qué ocurrió, amigo?

—Llevaba una pasajera... Seguíamos a un coche donde iban tres hombres. Nos tendieron una celada... oí que la llamaban Wilma...

El taxista ya no pudo decir más, porque expiró.

Kent dejó el cuerpo sin vida en tierra y poco después seguía corriendo hacia el aeropuerto.

Detuvo el coche en una de las playas de estacionamiento.

Saltó fuera y de pronto se detuvo al descubrir a lo lejos a Charles Satterfield. El esposo de Lucy caminaba acompañado por otro hombre y no parecían dirigirse a la sala de espera.

Kent se tuvo que dar prisa cuando los vio desaparecer por la esquina de un edificio. Al asomar la cabeza los vio detenidos, como si hablasen.

De pronto los dos hombres echaron a andar hacia una zona que estaba a oscuras. Kent dio un rodeo al objeto de que la pareja no le tomase excesiva ventaja.

Se escondió tras un árbol y vio que los dos hombres se detenían junto a un barracón de madera.

Charles Satterfield abrió la puerta y los dos hombres pasaron al interior.

Kent pegó el oído a la puerta sin oír nada y abrió poco a poco.

Se encontró con la sorpresa de que dentro no había nadie. Sólo picos, una carretilla y otros instrumentos utilizados por los obreros en las obras del aeropuerto.

Se puso en cuclillas y miró al suelo, descubriendo una trampa.

Extrajo la pistola y tiró de una argolla dejando al descubierto una escalera.

Se coló dentro y cerró otra vez la trampa, quedando envuelto en la oscuridad.

Después de avanzar unas yardas, vio luz por un recodo. Llegó ante la esquina y escuchó la voz de Charles.

—Ese ruido que se oye es el aparato del presidente. ¿Preparado para la comedia, Frank?

—Sí, señor Satterfield.

—No titubees.

—He estado muchas semanas practicando dieciséis horas todos los días. Puedo hacer todos los gestos del presidente. Usted me ha visto.

—Sí, Frank. Te he visto y puedo decir que no existe ninguna diferencia entre tú y él.

Podrás llevarlo a cabo a la perfección.

Kent se dejó ver con la pistola en la mano.

—Yo les apuesto a que no.

Alrededor de una lámpara de petróleo había cinco hombres. Uno de ellos parecía el presidente de Estados Unidos, Justo a su derecha se encontraba Charles Satterfield y un poco más allá había una escalera que daba acceso a las dependencias donde el presidente descansaría durante los minutos que permaneciese en el aeropuerto.

Los ojos de Charles se llenaron de furia.

—¡Levanten los brazos!

Pero dos de los hombres no obedecieron y echaron mano a las pistolas que portaban bajo las axilas.

Kent apretó el gatillo una y otra vez.

Los hombres que habían sacado las armas se contorsionaron como muñecos. Sólo uno de ellos logró enviar una bala, pero lo hizo sin dirección porque la estaba agonizando.

Charles Satterfield trató de apartarse del camino de los proyectiles y chocó contra la pared, derrumbándose sobre el suelo.

—¡No tire!

Se hizo Un silencio, y Kent avanzó sobre Charles.

—¿Dónde está la chica, Satterfield?

—Viva, por desgracia... ¿Cómo nos ha encontrado, agente?

—Yo sólo venía en busca de Wilma Hougron. Mi misión no estaba aquí, aunque hay más de una docena de mis compañeros arriba.

Charles hizo rechinar, los dientes.

—Maldita sea, sus compañeros no habrían podido evitar nada... Sólo usted lo ha conseguido... ¿Por qué se le ocurrió venir tras esa mujer? —Movi6 la cabeza pensativamente—. Luchino tenía razón... Todo habría salido bien si no hubiese matado a Lucy.

—No, señor Satterfield. Todo les habría salido bien si yo no hubiese metido en el asunto a una profesora recién llegada de California.

Wilma se tendió en la piedra plana y miró los islotes donde anidaban las gaviotas. Hacía un día maravilloso.

—Hola —dijo una voz a su espalda.

Se volvió bruscamente y lo vio allí, con su rostro bronceado, sonriéndola.

—Kent, ¿dónde has estado estos tres días?

—Tuve trabajo. El presidente se empeñó en llevarme con él hasta Viena. Kent sentóse al lado de la joven.

Los dos miraron hacia el mar.

—Wilma, el presidente quería darme un premio y yo lo acepté.

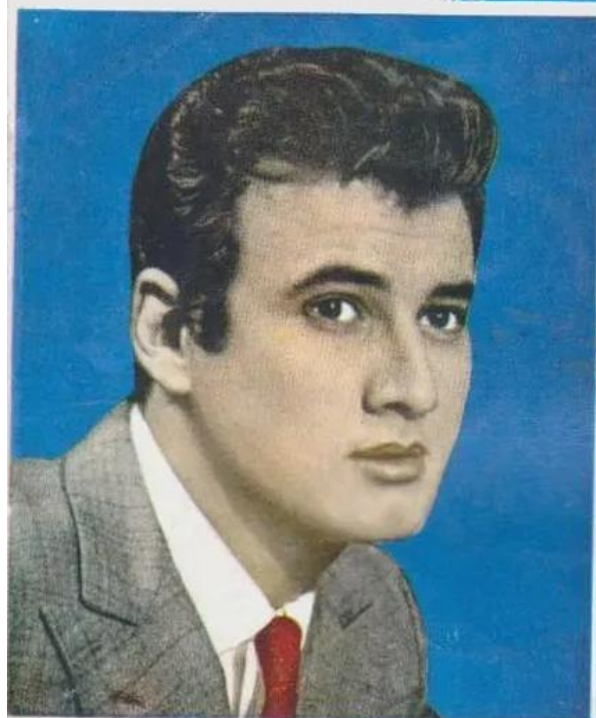
—¿Cuál ha sido?

—Un ascenso y un puesto en Los Angeles.

—¡Kent! —exclamó ella, y se echó en sus brazos.

Los dos jóvenes unieron sus bocas mientras, abajo, las gaviotas parecían arreciar en sus gritos, como un público que aplaudiese.

FIN



Carlos Larrañaga

N.º 1592

En "Siega verde" vimos a este joven
y prometedor astro de nuestro cine.
Es el hermano de la estrella Amparo
Rivelles.



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MONTAÑA

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas.